

GASPAR, ENRIQUE (1842 –1902)

PROBLEMA

PERSONAJES:

ISABEL
MERCEDES
ARTURO
LUIS
JUAN
UN CRIADO

ACTO PRIMERO

Gabinete elegantísimo en casa de Isabel, puertas laterales y en el fondo. Chimenea encendida sobremontada de espejo y guarnición. Profusión de caprichosos y ricos muebles; pero dispuestos de manera que los actores, al hacer uso de ellos en las diversas agrupaciones, no se encuentren siempre en primer término y sobre el tornavoz; sino que dominando toda la escena sin guardar la tradicional simetría en la colocación de las figuras, no se cuiden en momentos determinados de hablar a gran distancia y de espaldas al público.

Procúrese que el gabinete sea reducido y ochavado y que las puertas que dan paso a otras habitaciones sean lo bastante rasgadas para dejar ver parte del interior amueblado y tapiado con lujo análogo al de la decoración principal.

Dése la mayor amplitud posible a las estancias con que comunica el gabinete, para evitar el carácter de pasillos que les imprime la costumbre de poner los tabiques que las forman pegadas a los arquitrabes de las puertas.

Escena I

ISABEL y ARTURO sentados junto a una mesa se ocupan en colocar bajo sobre billetes de espectáculo.

ISABEL.- Dos palcos segundos para los de Rizagal.

ARTURO.- ¿Los has puesto juntos? (Borrando con el lápiz de su tarjetero el nombre que su mujer le indica de una lista que tiene delante, e inscribiéndolo en una punta del sobre.)

ISABEL.- Por supuesto; y aún dudo que pueda repartirse entre los dos familia tan numerosa.

ARTURO.- Catorce butacas para el Club.

ISABEL.- Ya están.

ARTURO.- Y la platea para mí. No dirán que las señoras que organizasteis esta función de beneficencia, habéis dejado de llenar vuestro cometido. Ya no hay una sola localidad disponible.

ISABEL.- Gracias a los caritativos sentimientos del público de Madrid, siempre dispuesto a acallar el grito del dolor.

ARTURO.- (Mirando la platea que ISABEL le dio.) Pero ¿qué es esto?

ISABEL.- Tu platea.

ARTURO.- Deploro que hayas tenido memoria para satisfacer con exactitud las recomendaciones de los extraños, y que tu única distracción venga a redundar en contra de tu marido.

ISABEL.- ¿Y por qué este error no ha de reconocer por causa un exceso de celo por parte mía? Me pediste un palco de izquierda; y los que me quedaban eran tan malos, que he creído poder sacrificar el capricho a la comodidad dándote uno en la parte opuesta.

ARTURO.- Es llevar muy lejos el espíritu de oposición. Si esa señora tenía un interés particular en...

ISABEL.- ¿En privarme de su vista, colocándose en el mismo lado que yo?

ARTURO.- O en dominar la butaca del caballero que me ha hecho el encargo.

ISABEL.- Me parece que el haber atendido una petición anónima, bien merece como galardón el que conozca, siquiera sea a distancia, a la persona a quien complazco.

ARTURO.- ¿Es un acto de fiscalía?

ISABEL.- No: una mera curiosidad.

ARTURO.- ¿Tendría mi señora la condesa el mal gusto de estar celosa?

ISABEL.- Me ofendes.

ARTURO.- ¿Por qué?

ISABEL.- Porque a una mujer de buen tono, sólo le está vedado tener celos de su marido.

ARTURO.- Acaso tú por el placer de infringir un precepto...

ISABEL.- No; yo los observo todos.

ARTURO.- ¿Incluso el de la indiferencia conyugal?

ISABEL.- Ese el primero; ¡me le has impuesto tú al exigirme mutua correspondencia de afectos!

ARTURO.- Pues si es así, cámbiame esta platea.

ISABEL.- No; insensible por convicción y casi por deber a tus devaneos, gusto sin embargo de conocer a las heroínas de tu romancero de amor, y presumo que para esa noche me reservas la aparición de algún nuevo astro en el tachonado firmamento de tus veleidades: justo es por lo tanto que reclamo mi puesto de ordenanza en el observatorio.

ARTURO.- ¿Sabes que la fama que me atribuyes bastaría a lisonjear mi amor propio si le tuviera?

ISABEL.- ¡Si le tuvieras! Permíteme que me sonría.

ARTURO.- No necesitas para ello la venia de quien jamás ha cohibido tu libertad de acción.

ISABEL.- Sí; a título de reciprocidad como en los tratados internacionales.

ARTURO.- ¿Y esa conjetura ha nacido de ti o bien es hija de la indiscreción de algún amigo oficioso?

ISABEL.- El amigo oficioso no habría hecho en tal caso sino repetirme tus mismas palabras.

ARTURO.- Ciertamente me he permitido decir en el club que una de las plateas la ocuparía el jueves una beldad desconocida en la corte; pero he hablado por referencia de la persona que me ha pedido el palco. No me ha sido revelado su nombre.

ISABEL.- Lo que no obsta para que todo el mundo te señale ya como el anunciador de esa rara hermosura y... poseído a fuer de profeta del... don de la profecía.

ARTURO.- ¡La maledicencia es tan ociosa!

ISABEL.- Y la vanidad tan débil.

ARTURO.- Decididamente alguno de tus rendidos adoradores ha tratado por ese medio de adquirir méritos a tus ojos.

ISABEL.- Y ha equivocado el camino; lo que prueba que de todos mis rendidos adoradores... no me conoce a fondo ninguno.

ARTURO.- ¿Ni siquiera Villahermosa?

ISABEL.- ¿El doctor? Es el único hombre de los que me rodean que no se ha permitido nunca la menor banalidad conmigo.

ARTURO.- ¿Cómo creerlo?

ISABEL.- Con sólo fijarte en que por algo le he hecho objeto preferente de mi estimación.

ARTURO.- Hay quien pretende, sin embargo, que te profesa un verdadero culto.

ISABEL.- Es muy posible; pero conoció mucho a mi primer marido y se honra con tu amistad...

ARTURO.- ¿Y bien?

ISABEL.- Y es de los que consideran como deber ineludible el practicar las leyes del honor.

ARTURO.- No es el solo que encierra un afecto en el fondo de su alma.

ISABEL.- Sí, pero algunos ahogan el suyo y ya no se le vuelve a ver.

ARTURO.- ¿Sin duda me crees insensible?

ISABEL.- ¡Oh! No. Hay que ser justos. Tienes una pasión sobre la tierra, y esa tan plausible, tan legítima, que casi nivela la balanza, no obstante la indiferencia que te merecemos los demás: tu hijo.

ARTURO.- Sí, es mi esperanza, ¡mi orgullo!

ISABEL.- No he tenido la dicha de conocer a tu pobre Laura; pero presumo, conociéndote a ti, que ha debido ser mártir por derecho propio. Pues bien, estoy segura de que si levantara la cabeza, todos sus rencores de esposa se desvanecerían ante la satisfacción de sus sentimientos de madre.

ARTURO.- Al fin me encontraste el lado bueno.

ISABEL.- Como es el único, tienes un particular cuidado en exhibirte siempre por él.

ARTURO.- Eres implacable. Siento no haber tratado a tu primer marido para saber si también lo alcanzaron a él tus rigores.

ISABEL.- Nunca los mereció.

ARTURO.- (Riendo.) ¡Cómo! ¿No tuvo el menor pecadillo? Pues ¿a quién se parecía el vizconde?

ISABEL.- A Enrique no se le parece... nadie.

ARTURO.- ¿Ni siquiera su hija?

ISABEL.- (Con dignidad.) Esa sí; en lo que me ama y más aún en lo que me respeta.

Escena II

Dichos y JUAN.

ARTURO.- ¡Oh! Doctor.

JUAN.- ¡Condesa! (Saludando.)

ISABEL.- ¿Qué nos cuenta de nuevo el señor Villahermosa?

JUAN.- ¿Puede llamar hoy algo la atención de Madrid que no sea la representación del jueves?

ISABEL.- A propósito⁰, aquí tiene usted su butaca.

JUAN.- Mil gracias.

ARTURO.- Supongo, doctor, que mañana nos dispensará usted el obsequio de comer con nosotros. En familia bien entendido, y si no tiene usted nada más agradable en qué pasar el tiempo.

JUAN.- Sabe usted, conde, que yo no me pertenezco sino cuando ustedes no me necesitan.

ARTURO.- Es el cumpleaños de mi hijo, y el director del colegio le ha dado permiso para que pase el día en casa. Ya le verá usted qué buen mozo se ha puesto desde las últimas vacaciones.

JUAN.- ¿Sigue siempre tan aplicado?

ARTURO.- Es un prodigio.

JUAN.- ¡Ah! Se me olvidaba dar a ustedes la noticia.

ISABEL.- ¿Cuál?

JUAN.- La llegada de la señora de Van-Veck.

ISABEL.- ¿Esa compatriota nuestra de cuya hermosura se hacen tantos elogios?

JUAN.- La misma: casada con un Creso holandés, que viene a establecerse en la corte, después de nueve años de residencia en los Estados Unidos.

ARTURO.- (Sentado junto a la chimenea.) Pero, doctor, las noticias de usted vienen con fecha atrasada. Esa señora hace tres días que se halla en Madrid.

JUAN.- No extrañe usted mi falta de oportunidad; yo en cuestión de crónica sólo me alimento con las sobras de los otros.

ISABEL.- ¿Y es tan bella como se dice?

JUAN.- Lo ignoro, y creo que a todos les pasa lo mismo, porque esa hermosura aún no se ha dado a luz. Verdad es que se encuentra sola. El señor Van-Veck ha marchado a Valencia precipitadamente para ultimar ciertas formalidades de la empresa que le trae a España.

ARTURO.- (Aparte.) (¿Está sola? La ocasión es propicia.)

ISABEL.- ¿Querrías dar las órdenes, Arturo, para que distribuyan estas localidades?

ARTURO.- Sí; precisamente yo voy al club y me llevaré las mías. (Recoge las localidades y guarda el lápiz en uno de esos tarjeteros de piel de Rusia que no tienen cierre de ninguna clase.) Villahermosa, adiós.

JUAN.- Hasta luego, conde.

ARTURO.- ¡Ah! Isabel, hoy es probable que coma fuera.

ISABEL.- ¿Sí? Me extraña.

ARTURO.- El qué, ¿mi conducta?

ISABEL.- No; tu advertencia.

ARTURO.- Es la atención de un marido galante.

ISABEL.- Pero extemporánea porque ha acostumbrado a su mujer a que no le espere nunca.

ARTURO.- Así la procura el placer de sorprenderla siempre con su llegada. (Vase.)

Escena III

ISABEL y JUAN.

ISABEL.- (Viendo marcharse al conde.) No: por más que busco en la indiferencia un lenitivo a la amargura, me es imposible desterrarla de mi corazón. Ese hombre es mi tormento.

JUAN.- ¿No teme usted ser injusta, condesa, al arrojar sobre Arturo toda la responsabilidad de su situación?

ISABEL.- ¡Excelente amigo! Siempre atenuando la culpabilidad del delincuente para aminorar el enojo de la víctima.

JUAN.- La amistad con que usted me honra me da derecho a hablarla con franqueza; la profesión que ejerzo me impone el deber de ser observador. Pues bien, seamos equitativos. Sin negarle a Arturo una gran participación en este triste incidente de familia, ¿no cree usted que hay de parte suya, condesa, un remordimiento con cuyo peso no se atreve usted a cargar; pero que la hace más repulsiva la conducta del conde exagerándola su delito?

ISABEL.- No entiendo.

JUAN.- Hace nueve años se llamaba usted todavía vizcondesa de San Luis; poseía usted un marido que la adoraba, y a quien usted correspondía con una verdadera adoración. Una tierna niña completaba el cuadro de ese modelo de ventura conyugal. Un día, en sazón en que se disponía usted tras corta ausencia a reunirse al vizconde retenido en París, por una misión diplomática, recibe usted la triste nueva de su muerte a consecuencia de una caída de caballo. Trata usted de ir en su busca, su familia la convence de la inutilidad de su viaje, llora usted sobre su cadáver que transportan a Madrid, se abandona usted durante algún tiempo al más agudo y también al más legítimo de los dolores, y... tres años más tarde, por uno de esos fenómenos que escapan al dominio de la fisiología, comparte usted su título y su fortuna con un don Arturo de Vargas, que, desprovisto de uno y de otra, le aporta a usted al matrimonio un hijo de sus primeras nupcias, y un carácter con tendencias diametralmente opuestas al de usted. La lucha empieza, el desequilibrio se produce, el hogar se conmueve y mientras el marido murmura: «mi mujer me tiraniza», ésta exclama: «Ese hombre es mi tormento». Pues bien; pasando en silencio lo que él debiera decirse en su propia acusación, yo creo que usted, condesa, se ha repetido más de una vez; pero en voz tan baja que ni usted misma

ha podido oírse, estas palabras: «¿Cómo habiendo amado a un hombre he podido unirme a otro sin olvidar al primero? Toda la culpa no es pues de Arturo; mucha es mía, que he puesto en pugna al recuerdo con la realidad, siendo este un acto que está en abierta contradicción con la lógica del sentimiento.»

ISABEL.- Es verdad. En vano buscaría una razón que justificara mi enlace con él. Un vértigo, una locura... no sé: creí en su amor, y sin embargo, me engañaba a mí propia; pues mientras pensaba, dando crédito a sus protestas de cariño, satisfacer sus deseos borrando la huella de cuanto pudiera recordarle la existencia del vizconde, yo ocultaba vergonzante hasta en el fondo de mis joyas la imagen querida de mi Enrique, que a todas horas después he empañado con mis besos y humedecido con mis lágrimas! (Abriendo un medallón incrustado en su pulsera y besando el retrato que encierra.)

JUAN.- Calma, condesa.

ISABEL.- Sí; yo creí en su afecto, pero pronto me convencí de que había sido víctima de su ambición. Mi fortuna y mi título le sonrieron y, avergonzada de mí misma, fui separándome de mi marido para acercarme más a mi muerto. Parecíame una profanación el contacto de Arturo con cuanto procedía de mi Enrique, y hasta hice el sacrificio de separarme de mi hija llevándola a un colegio de Francia para que con sus caricias no borrara las huellas sagradas de las de su padre. La casualidad misma, haciéndome al poco tiempo de nuestro matrimonio heredera del condado de Almenar, me ha procurado el inmenso beneficio de poder suprimir el título que me legó mi esposo y que ese ambicioso advenedizo iba cubriendo de lodo y podredumbre.

JUAN.- Modere usted su rigor.

ISABEL.- EL corazón no engaña nunca, y el mío me dice que ese hombre es malo.

JUAN.- Por Dios, condesa, destierre usted tan horribles pensamientos y trate usted de restablecer la paz de su hogar al menos por su hija.

ISABEL.- Ya es tarde.

Escena IV

Dichos y un CRIADO.

CRIADO.- Un caballero que pregunta por el señor ronde, y a quien se le ha dicho que no está en casa, pide permiso para presentarse a la señora condesa.

ISABEL.- ¿Ha dado su nombre?

CRIADO.- Dice que es inútil, porque nadie le conoce.

ISABEL.- Que pase. (Vase el CRIADO.)

JUAN.- La dejo a usted.

ISABEL.- Aguarde usted; si no es asunto de importancia no vale la pena interrumpir nuestra conferencia por un desconocido.

Escena V

ISABEL, JUAN y LUIS.

LUIS.- Suplico a usted, señora, que perdone mi indiscreción: pero un asunto de la mayor importancia...

JUAN.- ¡Condesa!... (Despidiéndose.)

LUIS.- (Deteniendo a JUAN.) El decir importancia no arguye reserva; por lo tanto, si desea usted probarme que no soy inoportuno, hágame usted el obsequio de continuar su visita.

JUAN.- Puede darse por terminada.

LUIS.- No querrá usted obligarme a que me retire.

ISABEL.- (Haciendo la presentación del doctor a LUIS.) El señor Villahermosa, nuestro doctor y amigo.

LUIS.- Aunque ignoraba su nombre, conocía ya a este caballero. (Siéntanse todos a una invitación de ISABEL.)

JUAN.- ¿A mí?

LUIS.- Hace diez años estaba usted en París.

JUAN.- En efecto.

LUIS.- Y delante de la Magdalena me preguntó usted una tarde por dónde se iba a la Embajada española.

JUAN.- Tengo una idea vaga de esa circunstancia; pero me asombra que haya recordado...

ISABEL.- Sin duda este caballero ya le conocía a usted.

LUIS.- No tenía ese gusto.

ISABEL.- O lo habrá usted vuelto a encontrar en París.

LUIS.- Tampoco.

ISABEL.- Entonces...

LUIS.- Debo advertir a ustedes que yo estoy dotado por la naturaleza del nervio óptico más potente y de la más prodigiosa fuerza de memoria: así es que cualquier objeto que hiera mi retina, pasa al instante a mi cerebro y ya no lo olvido nunca. Verdad es que a ello contribuye mucho mi sistema mnemotécnico, porque... Pero no debo abusar de la paciencia de ustedes con un relato que ningún interés debe despertarles.

ISABEL.- Todo lo contrario; y si otras razones no le obligan a usted a guardar silencio, le rogaré que satisfaga nuestra curiosidad.

JUAN.- Es pasmoso.

LUIS.- Principiaré por decir a ustedes que desde hace doce años no hago más que viajar.

ISABEL.- ¿Le gustan a usted las impresiones?

LUIS.- Precisamente porque las odio es por lo que me he impuesto esta especie de peregrinación a lo Judío Errante.

ISABEL.- ¿Sí?

LUIS.- Yo he estado siete veces en Roma y no he visto el Vaticano más que una.

ISABEL.- ¡Cómo!

LUIS.- Por fuera.

JUAN.- Eso es casi criminal.

LUIS.- La suerte se ha opuesto a ello. Como yo en mi vida lo abandono todo al azar, tengo una especie de ruleta en la que figuran los cuatro puntos cardinales. En cuanto llego a un sitio, organizo mi derrotero para el día siguiente; doy vuelta al volante, y si se para en los espacios intermedios, no me muevo de donde estoy; pero si se fija en un viento, sigo fatalmente la orientación que me señala el destino. (Todos ríen.)

JUAN.- ¿Pues sabe usted que si a la roseta le da por marcar nortes puede obligarle a usted a visitar el Polo?

LUIS.- Ya me ha sucedido en una ocasión, y tuve que embarcarme en la Noruega a bordo de un buque holandés que iba en exploración al Ártico. Por fortuna en el Spitzberg cambió la suerte, y entonces empezaron a darse tantos sures seguidos, que no paré hasta el cabo de Buena Esperanza.

ISABEL.- ¡Pero debe usted tener alguna razón poderosa para abandonar de ese modo a la fatalidad todos sus actos!

LUIS.- Efectivamente, condesa, yo he sufrido en mi juventud tantas decepciones como contrariedades, y casi más desengaños que ingratitudes; así es que viéndome solo en la tierra a los veintitrés años, y con una renta anual de cuarenta mil duros, me propuse vivir exclusivamente para mí aislándome del comercio humano; y al preguntarme a dónde iría, sin poder contestar satisfactoriamente a mi pregunta, me eché en brazos del acaso y ya lo ve usted, voy... a donde me lleva el viento.

ISABEL.- Usted debe ser inglés.

LUIS.- No, señora, pero merezco serlo.

JUAN.- Y ¿ha logrado usted rehuir el trato social?

LUIS.- No en absoluto, pero sí en gran parte, porque con mi sistema de perpetua locomoción no se pueden contraer grandes vínculos en pocas horas, y yo no recuerdo, salvo las travesías, haber permanecido más de cuarenta y ocho en punto dado. Y sin embargo, vengo a ser la personificación de la casualidad; intervengo en todo a pesar mío. Llego a Suez, y aquel día se inaugura el Istmo: caigo sobre Francia, y a los pocos minutos destronan al emperador: desembarco en Constantinopla, y el sultán se pone a darse tijeretazos en su economía; así es que yo, sobre no leer un periódico, estoy más al corriente que nadie del movimiento universal.

ISABEL.- ¡Cómo! ¿No lee usted periódicos?

LUIS.- Ni nada; no me leo más que a mí mismo. Yo llevo un diario en el que anoto cuanto me sucede.

JUAN.- Debe ser voluminoso.

LUIS.- No; sólo comprende, y aun eso en compendio, todo aquello que se relaciona muy directamente conmigo. Y como dibujo bastante discretamente la obra, está ilustrada con los retratos al lápiz de todas las personas que me han dirigido una vez la palabra. Pues bien, mientras viajo, en vez de leer novelas que por lo común son malas, o periódicos que rara vez son buenos, ataco un tomo de los míos, que tampoco son mejores; y recordando efemérides y repasando fisonomías, concluyo por saber de memoria todo cuanto me ha ocurrido, y que sin disputa es lo que más puede interesarme de la historia contemporánea.

ISABEL.- Ahora se explica una tan maravillosa recordación.

LUIS.- En un naufragio que hice de Ceylán a Saigón, y en que se salvaron pasajeros y equipajes, perdí el volumen que estaba leyendo a la sazón, y a los quince días lo había reproducido de memoria.

JUAN.- ¿Incluso los retratos?

LUIS.- Sí señor; por cierto que en la página ciento veinte y cinco, estaba el de usted con esta nota: «París, junto a la Magdalena, a las tres de la tarde del cinco de Diciembre de mil ochocientos sesenta y siete, preguntó las señas de la Embajada española; nombre desconocido.»

ISABEL.- ¿Y mi marido forma también parte de su galería de usted?

LUIS.- Ya lo creo; y aquí viene como traído de la mano el objeto de mi visita. Una noche en Baden...

ISABEL.- El país predilecto del conde.

LUIS.- De donde debía de salir a las cuatro de la madrugada encontrábame sin saber en qué matar el tiempo. Ya había facturado mis equipajes, ya había leído una de mis obras, y como acababan de dar las doce, la ciudad no me ofrecía ningún atractivo. Me dirigí, pues, al salón, e influido por el espectáculo que se presentaba a mis ojos, grité: «Juego dos mil francos al número veintitrés.» Saco mi cartera y me veo que apenas contenía una docena de luises. -«Se le espera a usted» -me grita el caballero que tenía la ruleta. -«Es inútil» -le respondo- «estoy sin un cuarto.» Y todos se disponían a celebrar el incidente a carcajadas, cuando el conde, a quien no conocía, pero cuyo nombre me reveló después él mismo, acercándose a mí me suplicó que aceptara la suma comprometida. Resistí cuanto pude, pero todo fue inútil; diome a entender que me tenía por persona solvente, y no sin gran trabajo, le hice tomar una orden de pago contra mi banquero de París, en la imposibilidad de ir a las doce de la noche en busca de su correspondiente en Baden, o de sacar del furgón las maletas en que había metido mi dinero. Pero, juzguen ustedes de mi asombro, cuando al pasar ahora por París de regreso de mis viajes, me anuncia mi banquero que nadie se ha presentado a cobrar el giro que le anuncié. Por fortuna, a mi llegada a Madrid oigo hablar de una función de beneficencia organizada por una asociación de señoras, cuya presidente lleva el título de mi acreedor, y en defecto del conde a quien no encuentro en casa, suplico a su esposa que me libre de una deuda que ha debido ser pagada a las veinticuatro horas de contraída. (Sacando unos billetes de banco.)

ISABEL.- Permítame usted que me oponga a recibir ese dinero; es asunto que sólo incumbe a mi marido.

LUIS.- Pero piense usted, condesa, que hace ya doce horas que estoy en Madrid.

ISABEL.- ¿Y qué viento señala la brújula para mañana?

LUIS.- Se paró en un intersticio.

ISABEL.- En ese caso si usted deja sus señas, el conde tendrá un placer en irle a estrechar la mano.

LUIS.- No lo hará. Bien se ve que trata de negarme su crédito.

ISABEL.- Entonces yo le participaré su visita y puede usted volver en busca suya a trueque de originarle a usted una molestia.

LUIS.- ¿Si no lo es para usted el recibirme?

ISABEL.- Todo lo contrario.

Escena VI

Dichos, el CRIADO y MERCEDES.

CRIADO.- (Anunciando.) La señora de Van-Veck.

ISABEL.- ¡Me sorprende!...

JUAN.- (Despidiéndose.) Esta vez, condesa, es de rigor.

LUIS.- Yo también me despido... hasta pronto. ¡Señora! (Saludando.) ¡Ah! (Viendo a MERCEDES que retrocede como asustada al oír la exclamación inesperada de LUIS.) No la extrañe a usted mi exclamación; me sucede lo mismo siempre que reconozco una fisonomía. Hace nueve años, en mil ochocientos sesenta y ocho, un jueves, a las dos de la tarde, en el puerto de San Sebastián, tuve el honor de recogerle a usted un abanico que había usted dejado caer.

MERCEDES.- Es muy posible.

LUIS.- Es evidente. A los pies de usted. (Vase.)

JUAN.- (Aparte.) (Este hombre es un archivo.) (Vase.)

Escena VII

ISABEL y MERCEDES.

ISABEL.- (Indicándola un asiento.) No haga usted caso de un exabrupto; es un original cuyo conocimiento acabo de hacer en este instante, y cuyo nombre no ha tenido por conveniente revelar.

MERCEDES.- Para mí es totalmente desconocido.

ISABEL.- (Aparte contemplándola.) (No es usurpada su reputación de belleza.) (Alto.) Si no me equivoco, ¿creo que acaba usted de llegar a la corte?

MERCEDES.- Hace tres días.

ISABEL.- ¿Y es la vez primera que la visita usted?

MERCEDES.- No, señora, nací en ella; pero puede decirse que soy extranjera en mi patria, porque he permanecido nueve años en América, y ya ni conozco a nadie ni nadie me conoce. Es encantador Madrid.

ISABEL.- (Mirándola.) Con razón le llaman la cuna de la hermosura.

MERCEDES.- (Contemplándola.) ¡Ah! Es usted madrileña.

ISABEL.- Me falta el exquisito ingenio de sus paisanas de usted para poder aspirar a tan honroso título. Y... ¿tengo entendido que el señor Van-Veck está ausente?

MERCEDES.- Salió ayer para Valencia y ese es precisamente el motivo de mi visita. He recibido una circular, que lleva el nombre de usted como presidente de una asociación de beneficencia, acompañándome un palco para la representación que debe darse el jueves a beneficio de los pobres; pero desgraciadamente mi marido no estará de regreso para ese día y, agradeciendo en el fondo de mi alma la atención de que se me ha hecho objeto, vengo a poner a disposición de la junta esta localidad, que de verse vacía esa noche destruiría el armonioso conjunto de la sala, si bien suplicando que se me permita contribuir con mi óbolo al alivio de los que sufren.

ISABEL.- Invoca usted un nombre muy sagrado para no someterse a tan generosa decisión. Pero ¿no habría medio de telegrafiar al señor Van-Veck?

MERCEDES.- Sería inútil; él, antes que nada es hombre de negocios.

ISABEL.- Ninguno tan productivo para un marido como llenar el grato deber de ser galante con su esposa.

MERCEDES.- Eso sería una especulación, y los maridos, aun los más financieros, temen incurrir en la usura.

ISABEL.- Sí; por la moralidad de los principios. (Las dos ríen. MERCEDES devuelve el palco a ISABEL, y ésta, al fijarse en él, no puede reprimir un movimiento de sorpresa. Aparte.) ¡Cómo! ¡La platea que se reservó Arturo! ¿Qué mujer es esta?)

MERCEDES.- Ahora si usted me permite saldar mi débito... (Disponiéndose a pagar.)

ISABEL.- (Con cierta tirantez que contrasta con su amabilidad de antes.) Dispense usted, la recaudación de los fondos sólo incumbe a la tesorera.

MERCEDES.- ¡Ah! Yo... ignoraba...

ISABEL.- ¿Y cuándo le han mandado a usted esta localidad?

MERCEDES.- La he recibido hace poco en el momento en que me disponía a subir al carruaje para ir a tiendas.

ISABEL.- Siento que nos prive usted de su asistencia, porque ese palco está enfrente del nuestro, y dudo mucho que el conde se avenga a una sustitución que necesariamente ha de ser desventajosa.

MERCEDES.- (Aparte.) ¡Qué tono! Esta mujer no es la misma.) (Alto.) El conde, señora, no tendrá tiempo de fijar esa noche su atención en tan pequeño incidente, si ha de ocuparse en recibir los plácemes de los admiradores de su esposa. (Levantándose.) Y ahora, antes de terminar esta para mí tan agradable entrevista, me permitirá usted que la moleste con una nueva súplica. ¿Qué condiciones se necesitan para formar parte de la benéfica asociación que usted preside?

ISABEL.- Menos de las infinitas que usted posee.

MERCEDES.- Dígnese usted pues indicarme unas pocas de las muchas que usted me atribuye.

ISABEL.- Voy a ofrecerla a usted un ejemplar de nuestros estatutos para que vea usted que no nos hemos atrevido a ser exigentes con nosotras mismas.

MERCEDES.- La modestia es una ^o virtud.

ISABEL.- Cuando no es la soberbia de la humildad. Un momento. (Vase.)

Escena VIII

MERCEDES, a poco ARTURO.

MERCEDES.- Indudablemente ha habido en ella un cambio repentino que no acierto a explicarme. Pero... no sé por qué me preocupo. ¿Puedo yo apreciar las alternativas de un carácter que me es absolutamente desconocido?

ARTURO.- (Con una insultante calma.) Feliz encuentro, Mercedes.

MERCEDES.- (Sobrecogida de terror.) ¡Arturo! ¿Usted aquí?

ARTURO.- No hay que asombrarse; estoy en mi casa.

MERCEDES.- ¡Cómo! ¿El conde de Almenar?...

ARTURO.- Soy yo. Es el título que llevo hace cinco años. Una herencia inesperada...

MERCEDES.- A haber sabido el nuevo nombre de usted no hubiera puesto aquí los pies jamás.

ARTURO.- Precaución inútil, porque yo que tenía noticia de su llegada de usted me disponía en este momento a presentarla a usted mis respetos en su propia casa.

MERCEDES.- ¡Oh! ¡Qué infamia y qué osadía!

ARTURO.- Deploro que se abandone usted a esos arrebatos porque, ya lo sabe usted, se estrellarán siempre contra mi impasibilidad.

MERCEDES.- Luego ¿de nada sirve el haber huido de usted, el haberme sustraído a sus obsesiones por una ausencia de nueve años?

ARTURO.- No, la herida no está cicatrizada. Juré vengarme y yo no faltó nunca a mis juramentos.

MERCEDES.- Es usted una hiena.

ARTURO.- (Mostrándola una carta sin sobre que encierra una fotografía.) Aquí tiene usted el arma que usted juzgó sin duda enmohecida y que hoy vuelvo a esgrimir para renovar mi amenaza. (En este instante aparece ISABEL, y para no sorprenderlos retrocede influida por lo que ha oído.)

MERCEDES.- Sea usted compasivo; tenga usted entrañas una vez. Devuélvame usted esa carta.

ARTURO.- De usted depende el obligarme a ello.

MERCEDES.- Eso... ¡nunca!

ARTURO.- Entonces medite usted que su suerte está en mis manos, y que esta carta... (Cambiando de tono al ver a la condesa.) se la dirigiré a Valencia al señor Van-Veck, a las señas que usted me indica para ver de conseguir algunas acciones de su nueva empresa. (Mete la carta en un sobre de los muchos que hay sobre la mesa, y después de cerrarla, se la guarda en el tarjetero que lleva en el bolsillo exterior de la levita.)

MERCEDES.- (Aparte.) ¡Yo me ahogo!

Escena IX

Dichos e ISABEL.

ISABEL.- (Trayendo los estatutos.) ¡Ah! Excuso hacerle a usted la presentación de mi marido, porque según veo...

ARTURO.- Sí, acabo de procurarme esa honra por mí mismo.

ISABEL.- Creo que alguien pregunta por el conde con urgencia.

ARTURO.- Voy a ver. Dispéñeme usted unos instantes. (Aparte a MERCEDES al pasar a su lado.) (Silencio sobre todo.) (Vase.)

MERCEDES.- (Aparte.) ¡Infame!

Escena X

ISABEL y MERCEDES.

MERCEDES.- (Sobreponiéndose a sí misma y fingiendo calma a los ojos de ISABEL que no ha cesado de contemplarla.) Y bien, condesa, yo me enteraré de los estatutos y...

ISABEL.- (Arrojando los papeles sobre la mesa.) No es de eso de lo que se trata ahora.

MERCEDES.- (Sobrecogida.) ¿Qué?

ISABEL.- Arrojemos la máscara y vengamos al deslinde de nuestras respectivas situaciones.

MERCEDES.- ¡Señora!

ISABEL.- No tiemble usted; no soy una mujer celosa que quiere reivindicar sus privilegios; soy la condesa de Almenar, que al abrirle a usted sus puertas, desea saber a quién ha recibido en su casa.

MERCEDES.- A una persona que, con el rubor de sus mejillas, la dice a usted que es la vez primera que se ve increpar de esta suerte.

ISABEL.- Usted comprenderá que doy este paso porque he oído las últimas palabras de su entrevista de usted con el conde; y si la indiferencia con que él y yo nos correspondemos no me autoriza, por desgracia, a hablar en nombre del amor, en el de la dignidad vengo a hacer uso de mi derecho pidiéndole a usted la clave del enigma.

MERCEDES.- (Llorando.) ¡Esto es horrible! Señora, yo no puedo justificarme sin labrar mi humillación; pero ¡la juro a usted que no soy una mujer despreciable!

ISABEL.- Pues dése usted prisa en merecerme ese concepto.

MERCEDES.- Dice usted bien; es preciso. (ISABEL la hace sentar a su lado, y la conversación principia en tono muy confidencial y con las precauciones consiguientes.) Usted dice que... ¿no ama al conde?

ISABEL.- No.

MERCEDES.- Pero... ¿ha amado usted alguna vez a alguien?

ISABEL.- ¡Oh! Con toda mi alma...

MERCEDES.- Basta. Acaba usted de absolverme. (Bajando la cabeza.) Yo soy una mujer que no puede mirar de frente a su marido con los ojos de su conciencia.

ISABEL.- ¿Y... a los demás? (Por sí misma.)

MERCEDES.- (Mirándola de frente con dignidad.) Como a usted, señora, pudiéndoles exigir respeto.

ISABEL.- (Soltándole una mano que le oprimía con violencia.) Hable usted en nombre del que ya me merece.

MERCEDES.- Un matrimonio de conveniencia concertado por mi familia, sin consultar mi corazón, podría servir de disculpa si la tuviera, a un delito que nunca lo parece hasta que la complicidad se rompe. Yo no aspiro a vindicarme. Amé por la primera y única vez en mi vida. -Hace nueve años me hallaba en San Sebastián ausente de mi marido, y la casualidad condujo allí también al conde, que entonces se llamaba sencillamente Arturo de Vargas.

ISABEL.- Su título es una herencia más reciente.

MERCEDES.- Lo sé. El conde, a quien yo no conocía, viajaba solo a la sazón; usted no le acompañaba.

ISABEL.- Pero si por entonces yo...

MERCEDES.- ¿Qué?

ISABEL.- Nada; no se interrumpa usted.

MERCEDES.- No sé cómo la fatalidad hizo que se fijara en mí: no sé quién le instruyó de mi secreta pasión por otro hombre. Verdad es que ni yo en el exceso de mi cariño cuidaba de precaverme, ni en él con sus frecuentes excursiones a San Sebastián dejaba de dar alimento a la maledicencia. El conde... y perdón si le injurio...

ISABEL.- No es posible.

MERCEDES.- Creyendo que una debilidad en la mujer es un derecho tácito al menosprecio de todos, se atrevió a hacerme objeto preferente de sus atenciones, a las que principié correspondiendo con mi indiferencia y últimamente con mi enojo.

ISABEL.- Humillar la vanidad de Arturo era herirle en su fibra más delicada.

MERCEDES.- Así debió ser, porque al encontrarnos cierta noche en un baile, el conde se permitió conmigo frases tan descomedidas, alusiones tan descorteses hacia el hombre a quien yo profesaba el más ferviente de los cultos, que irreflexiva y trémula de indignación, castigué su osadía con un violento desaire en presencia de todo el mundo.

ISABEL.- Empiezo a creer que es usted digna de compasión.

MERCEDES.- Desde aquel momento, condesa, la sonrisa no ha vuelto a dibujarse en mi rostro sino como un gesto de cortesía. No hablaré a usted del fin de una pasión que aún vive en mi alma como la siempreviva arrancada de sus raíces; me limitaré a exponerle a usted la conducta del conde. Juró vengarse de mí, y dos días después de aquel ruidoso incidente, se presentó por vez primera en mi casa sin respetar mi dolor, para inferirme la amenaza más repugnante y ofrecerme el más odioso pacto que la abyección puede inspirar... ¡Oh! Perdón; olvidé con quién hablaba.

ISABEL.- No se violente usted; al contrario; me dispensa usted un triste favor; porque interesada con su justo enojo, llegó a olvidar por momentos que es mi marido.

MERCEDES.- Sobornando a una confidente, que yo creía incorruptible, el conde se había apoderado de una carta en que aquel hombre, a quien ya no había de volver a ver, me devolvía mi retrato lleno imprudentemente de protestas de cariño firmadas por mí.

ISABEL.- ¡Desgraciada!

MERCEDES.- Diome a elegir entre presentar aquella prueba a mi marido o... perdonarme y...

ISABEL.- ¿Qué?

MERCEDES.- Hice que mis criados le acompañaran hasta la puerta. Por fortuna mía un despacho de mi marido me obligó a salir precisamente para París, y tres días después para Boston, donde nueve años de residencia creí que me hubieran hecho olvidar del conde. Pero hoy, al presentarme inconscientemente en su casa, se interpone en mi camino y, enseñándome la carta fatal, renueva una amenaza que, si el arrebato no bastó a disculpar entonces, la premeditación y el ensañamiento han venido a convertir hoy en un crimen inaudito. (Rompiendo a llorar.) Condesa... ¡Estoy perdida!

ISABEL.- (Tras una pausa.) Hace poco la duda me ha impulsado a inferirle a usted una ofensa que exige reparación: pues bien, permítame usted que subsane mi ligereza. Yo voy a devolverle a usted esa carta.

MERCEDES.- (Atónita de alegría.) ¡Qué! ¡habré entendido mal?

ISABEL.- No.

MERCEDES.- ¿Darme la tranquilidad, la honra, la vida? ¡Oh! condesa, deje usted que mi gratitud... (Echándose a sus pies y besándole las manos.)

ISABEL.- (Abriéndola sus brazos.) No; ahí no; sobre mi corazón. El sufrimiento nos hace hermanas.

MERCEDES.- ¡Señora!... ¡Qué feliz soy! (Se besan.)

ISABEL.- Ahora, vamos a lo que interesa. A fin de alejar las sospechas de Arturo, pretextaremos que ha venido usted en busca de un palco para la representación del jueves.

MERCEDES.- Pero...

ISABEL.- El que ha recibido usted, señora, no soy yo, sino mi marido quien se lo ha mandado.

MERCEDES.- ¡Cómo!

ISABEL.- Contando con su asistencia se ha permitido decir en el Club que... él se encargaba de presentarla a usted en público.

MERCEDES.- Ya lo ve usted. ¡Ese hombre quiere perderme!

ISABEL.- Sí; pero yo me encargo de poner la fe de erratas en sus obras. Vamos a ver. ¿Esa carta es la que él tenía en la mano en el momento de mi aparición?

MERCEDES.- Sí.

ISABEL.- Luego la lleva consigo. La casualidad nos auxilia, pues de otro modo no podría encontrarla entre la multitud de sus papeles que además él guarda bajo llave. Pero en fin, así y todo, como debo apoderarme de ella por la astucia, y en mi concepto el medio más trivial es el más seguro, bueno será que nos preparemos al ataque. Cuando yo entré, Arturo, temiendo verse sorprendido, imaginó un pretexto cualquiera y encerró el papel en uno de estos sobres.

MERCEDES.- Efectivamente.

ISABEL.- (Tomando un sobre de la mesa.) Bueno, ya tenemos aquí lo principal, lo que primero ha de ver; y en todo asunto lo importante es salvar las apariencias. Ahora falsifiquemos el fondo. ¿La carta tiene más de un pliego?

MERCEDES.- No; sólo encierra un adiós.

ISABEL.- Ya puede el conde ir dando el suyo a sus esperanzas que, como ve usted van a salirle fallidas (Enseñando un pliego de papel blanco que toma de la mesa y que mete en el sobre.) ¿Además había un retrato?

MERCEDES.- Sí; una tarjeta.

ISABEL.- (Sacando una de un álbum y encerrándola en el sobre.) ¡Ah! Señor conde: Nos viene enseñando los dientes; ahí va quien le hará a usted la competencia. Le he puesto la fotografía de Miss Leona. ¿Falta algo más para que esta carta se parezca a la otra?

MERCEDES.- Nada.

ISABEL.- Pues la cierro. (Haciéndolo.) Como él hizo sin poner la dirección, y poco he de poder si la que él guardó en su tarjetero no duerme esta noche en casa de su legítima dueña.

MERCEDES.- Cómo agradecerla a usted...

ISABEL.- ¿Le parece a usted poca recompensa para una mujer que se encuentra en mi caso el poder burlarse de su marido sin tener que enrojecer si no es de risa? (Mirando a la puerta.) ¿A ver? Sí, él se acerca. No conviene para mi plan que esté usted aquí. (Hablando en voz baja y ya en la puerta.)

MERCEDES.- Crea usted que mi gratitud...

ISABEL.- Vuelva usted hoy mismo con cualquier pretexto.

MERCEDES.- ¡Tan señalado beneficio!...

ISABEL.- Trabajo en pro de la clase. ¿Se va usted perdonándome, verdad?

MERCEDES.- (Abrazándola.) Y dejándola a usted mi corazón.

ISABEL.- Lo acepto como depósito y para consulta.

MERCEDES.- ¡Ah! Una súplica. Lea usted la carta.

ISABEL.- ¿Cree usted que dudo aún?

MERCEDES.- No, solicito merecer su amistad.

ISABEL.- Pero...

MERCEDES.- Los exijo. Adiós. (Vase.)

ISABEL.- ¡Qué venturosa voy a hacerla!

Escena XI

ISABEL y ARTURO.

ARTURO.- ¡Ah! ¿Estás sola?

ISABEL.- Sí; en este momento se marcha la señora de Van-Veck.

ARTURO.- Y... ¿a qué ha venido?

ISABEL.- En demanda de un palco para el jueves.

ARTURO.- (Aparte.) (¡Cómo! ¿No lo ha recibido todavía?) (Alto.) Y... ¿se lo has procurado?

ISABEL.- ¿Me queda alguno por ventura? Hubiera deseado complacerla; es muy amable... y luego manifiesta un interés tan vehemente... (Con coquetería.) Yo me he permitido decirle que interpondría mi influencia contigo para ver si podías cederle el que te has destinado.

ARTURO.- Y has hecho bien, porque precisamente el sujeto que me lo encargó... acaba de escribirme que puedo disponer de la platea, en atención a que su recomendada no podrá hallarse en Madrid para ese día.

ISABEL.- ¡Feliz coincidencia! (Aparte sacando la carta del bolsillo y escondiéndola en el pañuelo que conserva en la mano.) (Preparamos el asalto.)

ARTURO.- Yo temí que la ausencia del señor Van-Veck la impidiera asistir...

ISABEL.- Creo que estará de regreso el jueves.

ARTURO.- En ese caso... me permitiré ir a ofrecerle esa localidad en tu nombre.

ISABEL.- Sí, antes de que otros se anticipen, porque el donativo de esa señora será espléndido, y siempre gusta una de ser la que por mayor cantidad figure en la recaudación. (Aparte.) (Ahora como quien no da ninguna importancia al hecho...) (Alto.) ¡Ah! Que no se me olvide inscribir su nombre... Déjame un momento tu lápiz. (Le toma el tarjetero, teniendo el pañuelo en la misma mano con que ejecuta la acción, y cuidando de dejar caer al mismo tiempo la carta, en la que fija un poco la atención para que Arturo se aperciba y, bajándose a cogerla, la dé lugar a que ella extraiga la otra del tarjetero y se la guarda en el bolsillo al dar la vuelta para dirigirse a la mesa.)

ARTURO.- (Recogiendo la carta que mira y, creyéndola la suya, la vuelve a meter en el tarjetero, que ISABEL le devuelve fingiendo cambiar de idea.) ¡Atolondrada!

ISABEL.- (Aparte.) (¡Ya lo tengo! Salió bien.) (Alto devolviéndole la cartera.) Aunque, no, toma. Si está ya puesto a tu nombre, tú eres responsable.

ARTURO.- En efecto.

ISABEL.- Pero... no te detengas. Los pobres te suplican un poco de actividad.

ARTURO.- Voy. Hasta luego. (Aparte.) (Ella misma me facilita la justificación de mi conducta.) (Vase.)

Escena XII

ISABEL.

ISABEL⁰.- (Viéndole marchar y riéndose.) ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¡Pobres hombres! En fin, la partida es nuestra. (Sacando la carta.) Aquí está. Afortunadamente la llevaba sola en el tarjetero y la sustracción ha sido fácil. (Rompiendo irreflexivamente el sobre de la carta.) ¡Ah! ¡Qué imprudente! ¿Pues no la he abierto? Identificada con su situación he tomado el asunto como propio y... ¡El caso es que una vez la carta abierta no creará en mi

discreción!... Por otra parte... ¿si me hubiese equivocado? ¡Gracioso estaría que no fuera este el billete que se desea! ¡Eh! Salgamos de dudas. ¡Después de todo ella me ha exigido que lo lea!... (Mirando la fotografía.) Su retrato. Se diría hecho ahora. ¡Siempre tan bella! (Volviendo la fotografía para leer la dedicatoria.) ¡Cuánto amor! ¡Desgraciada! (Abriendo la carta.) Y aquí el adiós de aquel ser tan idolatrado por ella... (Palideciendo.) ¿Qué? Sí, su letra... ¡su firma! (Leyendo.) ¡Tu Enrique! ¡Mi marido! ¡Mi muerto! (Besando la pulsera en el colmo del dolor.) ¿Y esa mujer...? ¡Oh! Que ignore siempre quién soy yo; callaría y necesito que hable... ¡Y mi Enrique la amaba!... (Rompiendo a llorar y dejándose caer en una otomana.) ¡Dios mío! ¡Qué horrible es esto! ¡Estoy celosa de... la muerte!

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

Escena I

ISABEL y JUAN.

ISABEL.- La confianza que me inspira la rectitud de sus principios de usted, me ha impulsado a hacerle esta revelación bajo el título de la más absoluta reserva.

JUAN.- Me conoce usted lo bastante, condesa, para saber que puedo ser depositario de un secreto.

ISABEL.- Sí. Ahora piense usted en la anomalía de mi situación: Celosa de un hombre que ya no existe y confidente de la mujer que me ha robado su cariño. ¡Oh! Yo escudriñaré los pliegues más recónditos de su corazón para conocer hasta el último detalle de esos amores.

JUAN.- ¿Y con qué objeto, condesa? ¡Con el de torturarse inútilmente! ¿Quién no alcanza las proporciones de un devaneo? El del vizconde no la autoriza a usted a humillar a una señora que la hace confidente... de su rubor.

ISABEL.- Usted, doctor, tiene un alma templada para el sacrificio; la mía no es tan fuerte, soy mujer. Además, aquí se trata de una verdadera pasión, y el ídolo forjado por la mía pareceme que ante esa idea oscila sobre su pedestal. ¿Y pretende usted que yo, que había consagrado mi vida entera a mi marido, ignore cómo un sentimiento bastardo ha podido infiltrarse entre su afecto y el mío? ¡Oh! No. Quiero saberlo todo.

JUAN.- Recapacite usted que la empresa es difícil; esa señora puede de un momento a otro tener conocimiento de quién es usted, y de ser así, rehuiría totalmente su trato.

ISABEL.- Es que su secreto me pertenecerá hoy mismo. El conde es el único que podría iniciarla, y ese no habrá sido recibido por ella; usted me ha jurado silencio y la casualidad me protege. Esa mujer, que apenas conoce a Arturo y que hoy me ha visto por la vez primera, cree que yo soy Laura, la difunta esposa del conde; y hay que mantenerla en ese error hasta que, satisfecha mi curiosidad, sea yo la primera en decírselo para aplastarla con el peso de mi indignación.

JUAN.- Mala consejera es la ira; las almas más grandes se empequeñecen dándola oídos. Retenga usted bien esto, condesa: cuando se encuentre usted en un momento de irascibilidad, tarde usted una hora en pronunciar la palabra que ha de traducir la idea inspirada entonces por el enojo.

ISABEL.- ¿Y para qué?

JUAN.- Para no pronunciarla nunca.

Escena II

Dichos y LUIS, a quien abre la puerta un criado.

LUIS.- Capítulo segundo: En que el deudor impaciente vuelve a abusar de la amabilidad de la condesa.

ISABEL.- Procurándola con su visita un verdadero placer.

LUIS.- Señor Villahermosa. (Saludándole.)

JUAN.- ¿No se le ha olvidado a usted mi nombre?

LUIS.- ¡Cómo! Habiendo tenido la satisfacción de estrechar su mano. Yo me sé de memoria a mí mismo. Y bien, señora, ¿el conde ha recordado mi crédito?

ISABEL.- ¿Querrá usted creer que no le he dicho una palabra?

LUIS.- ¿Se ha confabulado usted con él?

ISABEL.- No, señor, obro por cuenta propia, permitiéndome obligarle a usted de esa manera a que vuelva a honrar mi casa.

LUIS.- Honrárame yo procurándome esa dicha a todas horas pero ya sabe usted que yo dependo de la... meteorología.

JUAN.- ¡Qué ocurrencia!

ISABEL.- Mi marido se hubiera apresurado a ir a ver a usted; pero siéndome desconocidos su nombre y sus señas, no sabía a quién anunciarle.

LUIS.- ¡Cómo! ¿No me he presentado más que en efigie? Permítame subsanar mi falta. Estoy en el Hotel de París y es mi nombre Luis del Soto. Pero no tolero que el conde se moleste en ir a dejar su tarjeta en la fonda, donde de fijo no me ha de encontrar; yo le perseguiré como si los papeles estuvieran invertidos; es decir, con la saña de un acreedor.

ISABEL.- Pero va usted a interrumpir sus tareas...

LUIS.- Si yo no tengo nada que hacer.

JUAN.- Para este caballero la ocupación debe ser un reposo.

LUIS.- Así es que yo siempre me pertenezco a mí mismo o estoy a la disposición de los demás, con tal de que el asunto que me ocupe se halle en la dirección del viento que me impele.

ISABEL.- ¡Cómo!

LUIS.- Un ejemplo. Hace algunos años, en una de mis... ráfagas por España, encontrábame comiendo solo en la fonda; monólogo al que con frecuencia se asiste en nuestro país. A los pocos minutos entra un caballero que por la mañana había almorzado en diálogo conmigo, y abordándome sigilosamente me dice: -«Un asunto, que la discreción me impide revelar, me pone en el caso de exigir de usted un favor. Tengo que batirme a la madrugada. El secreto que deseamos guardar los contendientes nos aconseja verificar el duelo fuera de aquí y sin dar participación a los que nos conocen. Con estas condiciones ¿quiere usted dispensarme el honor de ser mi padrino?» -«Estoy al norte» - fue mi respuesta. -«Si es en esa dirección el desafío, acepto.» -Y como se encontrase que era en Hendaya, los franceses no expedían aún al extranjero sus casos de honra, salimos a la media noche para el lugar de la fiesta. La del alba sería cuando sacáronse a relucir los Solingen, y a los pocos instantes, mi ahijado recibía una estocada en el pecho.

ISABEL.- ¡Pobre hombre!

JUAN.- No anduvo usted afortunado. ¿Por supuesto que le dejó usted en Hendaya para proseguir su camino?

LUIS.- No. Una vez reconocida mortal la herida se hizo vendar, y, con una energía superior a todo encomió, subió al coche y me gritó: «Acompáñeme usted, quiero morir en mi casa.» -«Si está en el norte, adelante» -le contesté. Por fortuna era un señor de París, y... nada. Metíle a puñados en el tren, llegamos allí, cumplí sus disposiciones, se murió y lo enterramos. Pero si la brújula llega a marcar sur... me quedo sin vela en aquel entierro.

ISABEL.- ¿Y qué país prefiere usted de cuantos ha recorrido?

LUIS.- ¿Yo? El mar.

ISABEL.- ¿Cómo el mar?

LUIS.- Sí; porque es el único que me hace desear la tierra.

(Aparece MERCEDES precedida por un criado de la casa que la saluda al pasar y se retira.)

Escena III

Dichos y MERCEDES.

ISABEL.- ¡Ah! ¡Ella! (Viéndola y levantándose con un sacudimiento nervioso.)

LUIS.- (A JUAN.) La beldad guipuzcoana.

MERCEDES.- Perdone usted mi insistencia; pero estoy tan impaciente... por saber la contestación de... lo del palco.

ISABEL.- Es muy natural tratándose de una fiesta que absorbe la atención de todo Madrid. (Dominándose siempre.)

LUIS.- ¿Alguna corrida de toros?

JUAN.- No señor, un concierto.

LUIS.- ¡Ah! Si ya sé.

MERCEDES.- (Aparte a ISABEL.) (Y bien... ¿La carta?...)

ISABEL.- (Aparte a MERCEDES.) (¿La carta?... Ahora hablaremos.) (Para sí.) (¡Qué daño me hace su presencia!)

LUIS.- Sentiría que mi propósito de aguardar al conde me hiciera inoportuno en este momento.

ISABEL.- De ningún modo.

JUAN.- Podemos pasar al gabinete.

ISABEL.- Es inútil. (Aparte.) (Si me quedo sola no respondo de mí.) (Se sientan las señoras.)

MERCEDES.- No hay secreto alguno. Y... dígame usted... ¿Puedo contar con él?

ISABEL.- ¡Oh! Calma, que lo que mucho vale... algo cuesta.

MERCEDES.- Es verdad.

JUAN.- (Aparte.) (¡Cuánto sufre!)

LUIS.- ¿Le pasa a usted algo, condesa? Se ha puesto usted pálida.

MERCEDES.- En efecto.

ISABEL.- No, no tengo nada. ¡Ah! Permítame que le presente... Don Luis del Soto. El doctor don Juan Villahermosa... Y en verdad que a usted (Por LUIS.) es temerario darle a conocer. (Tratando de recobrar su calma, ocupándose de trivialidades.)

LUIS.- ¡Cómo!

ISABEL.- ¡Figúrese usted, señora, un hombre que pasa su vida viajando y que, entre diversas aptitudes, posee la de ejecutar al lápiz el retrato de la persona a quien dirige una vez la palabra! No hay precaución posible con él.

LUIS.- Sí, pero todos mis retratos van con su texto aclaratorio.

ISABEL.- No importa.

MERCEDES.- ¿De modo que el mío debe figurar también en su museo?

LUIS.- Es de rigor.

JUAN.- Para un hombre que evita el contacto de las gentes, recoger el abanico a una señora es contraer con ella un vínculo indisoluble.

MERCEDES.- Desearía ver si está parecido.

ISABEL.- Es verdad. ¿No podría usted darnos a conocer siquiera ese tomo?

LUIS.- Es lo más sencillo. Voy a traerlo.

MERCEDES.- Se va usted a molestar...

LUIS.- La fonda está a cuatro pasos de aquí. Por cierto que en la nota puesta al pie de la efigie se lee -anónimo; -y si no fuera indiscreto le rogaría a usted que me hiciese el honor de darme su nombre.

MERCEDES.- ¿Cómo no? Mercedes Cárdenas de Van-Veck.

LUIS.- ¡Mercedes Cárdenas! ¿Sería usted por ventura pariente de César Cárdenas?

MERCEDES.- ¿Capitán de caballería?...

LUIS.- ¿Muerto en el campo del honor en el mes de Setiembre de mil ochocientos sesenta y ocho?...

MERCEDES.- Soy su hermana.

ISABEL.- ¿Pero usted conoce a todo el mundo?

JUAN.- Podría usted redactar el almanaque de Gotha.

LUIS.- No hay que extrañarse; hice mis primeros estudios con él y no nos separamos hasta que ingresó en el colegio militar. Lo chocante es que me encontrara a su lado en el momento de su muerte; y a este propósito (A MERCEDES.) va usted a descargarme, señora, de una responsabilidad inmensa.

MERCEDES.- ¿Yo?

LUIS.- Figúrese usted que impulsado por la fatalidad en la forma de un viento sur, caigo sobre Alcolea en el instante en que se libraba la batalla. Imposibilitado de avanzar me agrego a una de las ambulancias y, recorriendo el campo, tropiezo con un capitán de húsares. -«¡César!» -grito al reconocerle. -«¡Luis!» -articula él abriendo trabajosamente los ojos. Y haciendo un esfuerzo supremo saca un papel del bolsillo y dejándolo caer, pues las fuerzas le impedían tenerlo en la mano, me dice: -Tú eres un hombre de honor; toma esta carta y... sin leerla...

TODOS.- ¿Y bien?

LUIS.- No pudo continuar; la muerte le sorprendió y yo seguí mi derrotero hasta Tarifa a esperar órdenes de mi brújula.

MERCEDES.- ¡Pobre César!

LUIS.- ¿Quiso ordenarme que la rompiera? ¿Deseaba, por el contrario, que la dirigiese a alguien? ¡No lo sé; y en la duda hace nueve años que, sin leerla, viaja su carta entre mis papeles. Pero toda vez que la casualidad me depara coincidencia tan oportuna, nada más natural que depositar en manos de la hermana de mi amigo un documento que tan directamente parecía interesar al difunto.

MERCEDES.- ¡Ah! Sí. Me dispensará usted con ello un gran servicio. Cuanto se relaciona con mi hermano es para mí de un valor inestimable.

LUIS.- Pues voy por ella y por el tomo. La tengo en el baúl número siete, ángulo anterior del lado izquierdo, carpeta diez y ocho, que lleva el título de -reservado. -¡Señoras! (Saluda y vase.)

ISABEL.- Merece particular estudio; es el primer ejemplar que conozco de su especie.

JUAN.- ¡Y qué organización la suya para resistir ese movimiento incesante!

MERCEDES.- Un fisonomista tan consumado no tendría precio para agente de policía.

Escena IV

Dichos y ARTURO, puerta lateral.

ISABEL.- ¡Cómo! ¿Estabas aquí?

ARTURO.- Sí, desde hace media hora. (A MERCEDES.) No he tenido la dicha de encontrar a usted en su casa, y me he tomado la libertad de dejar, a nombre de la condesa, el palco que la había prometido.

MERCEDES.- ¡Tanta amabilidad!

ISABEL.- El caso es que ahora acaba de marcharse un caballero que ha venido dos veces en busca tuya.

ARTURO.- ¿Cómo se llama?

ISABEL.- Don Luis del Soto.

ARTURO.- Muy señor mío; es la primera vez que oigo su nombre.

ISABEL.- Pretende que en cierta ocasión le prestaste una suma en Baden.

ARTURO.- Presta uno a tanta gente.

JUAN.- Pero este se encuentra en circunstancias excepcionales.

ARTURO.- ¿Pues?...

ISABEL.- Sí... Villahermosa, hágame usted el favor de iniciar al conde en este asunto mientras nosotras volvemos a reanudar nuestra interrumpida conversación.

ARTURO.- ¿Reservada? (Con intención a MERCEDES.)

MERCEDES.- ¡Oh! No. Poco interesante para ustedes los hombres. Modas.

JUAN.- Pues figúrese usted que el tal sujeto... (JUAN y el Conde, ocupándose de Soto, se ponen a pasear desde el fondo al proscenio, de manera que ISABEL y MERCEDES, sentadas en un ángulo de la escena, puedan libremente, pero en voz baja, sostener un diálogo con las precauciones consiguientes y hasta cambiando de conversación cada vez que los otros interlocutores se encuentran cerca de ellas.)

ISABEL.- Ya podemos hablar más libremente.

MERCEDES.- Por fin. ¡Y qué! ¿Pudo usted hacerse con la carta?

ISABEL.- La tengo en mi poder.

MERCEDES.- ¿Sí? ¡Ay! ¡Con qué libertad respiro ahora! Gracias, gracias, gracias. (Tomándole una mano que ISABEL le retira.)

ISABEL.- No me toque usted.

MERCEDES.- (Extrañada.) ¿Cómo?

ISABEL.- (Cambiando la conversación al ver cerca a los otros.) Por los menos así lo llevaba la mariscala en la última recepción del Elíseo. (Aparte.) (Voy a hacerme traición; no sé fingir.)

MERCEDES.- (Al ver que el Conde y JUAN se alejan.) ¿Por qué me retira usted su mano?

ISABEL.- Por... porque temía que mi marido sorprendiese en usted ese ademán que naturalmente había de despertar sus sospechas.

MERCEDES.- ¡Ah! Me tranquiliza usted. ¿Y... cuándo va usted a entregármela?

ISABEL.- Luego... La ocasión no es propicia; nos pueden ver.

MERCEDES.- Así... envuelta en el pañuelo.

ISABEL.- (Repitiendo el juego de antes y fijándose en las joyas de MERCEDES.) ¡Precioso aderezo!

MERCEDES.- Lo compré en la exposición de Filadelfia.

ISABEL.- ¿Es completo?

MERCEDES.- (Volviendo a la confidencia.) Estoy tan impaciente.

ISABEL.- No la tengo conmigo. Calma.

MERCEDES.- ¡Qué feliz soy! En adelante ningún temor vendrá ya a interrumpir el recuerdo que en mi soledad tributo a su memoria.

ISABEL.- ¿Sí?...

MERCEDES.- Y a usted, condesa, se lo deberé todo. (Tomándole la mano escudada por el respaldo del mueble.)

ISABEL.- ¡A mí! (Oprimiéndole la suya con violencia.)

MERCEDES.- ¡Ay! Me hace usted mal.

ISABEL.- Conténgase usted.

MERCEDES.- (Aparte.) (¿Qué le pasa?)

ISABEL.- (Enseñando su pulsera a MERCEDES para disimular.) La mandé montar en París hace ya tiempo.

MERCEDES.- Es de un gusto exquisito. (JUAN y el Conde, como dando fin a la conversación, no llegan esta vez hasta el fondo; y detenidos en el centro de la escena, obligan a ISABEL y a MERCEDES a redoblar sus precauciones, resultando, por consiguiente, más violentos los cambios en el diálogo.)

ISABEL.- Y... ¿piensa usted siempre en él?

MERCEDES.- Justo es que sea consecuente con mi culpa.

ISABEL.- Estas hojas son de buen efecto. (Por su pulsera.)

MERCEDES.- ¡Magníficos brillantes!

ISABEL.- Y... él... ¿la amaba a usted mucho?

MERCEDES.- ¡Mucho!... Es una obra de arte.

ISABEL.- (Aparte y recordando la frase con un estremecimiento convulsivo.) (¡Mucho!...) Fíjese usted en este pensamiento.

MERCEDES.- ¡Hermoso!

ISABEL.- Fíjese usted bien... ¡Mucho! ¡Mucho! (Mirando alternativamente a MERCEDES y a su marido, a este para evitar el que la sorprenda y a aquella para ver la

impresión que la produce, abre el medallón de la pulsera y la pone delante de los ojos el retrato de Enrique. MERCEDES al verlo se pone de pie como movida por un resorte.)

MERCEDES.- ¡Ah! ¡Enrique! (ISABEL la hace sentar violentamente.)

ARTURO⁰.- (Acercándose con JUAN.) ¡Eh! ¿Qué es eso?

ISABEL.- (Cerrando bruscamente el medallón para que su marido no vea el retrato; pero de manera que MERCEDES sorprenda el movimiento y pueda con un gesto de extrañeza dar a entender al público la sospecha que semejante proceder la infunde.) Nada; esta señora que tiene la amabilidad de asombrarse de mis joyas.

ARTURO.- ¿Es posible?

MERCEDES.- (Aparte.) (¡Cómo! ¿Oculta ese retrato a los ojos de su marido? ¡Ah! ¡Todo me lo explico ya!)

JUAN.- (Aparte por la condesa.) (No ha podido dominar su enojo.)

ISABEL.- (A ARTURO.) ¿Te ha enterado ya... el doctor...?

ARTURO.- Sí, y veo que me es forzoso ir a devolver la visita a ese caballero. Villahermosa va a tener la amabilidad de acompañarme para reconocerle si nos cruzamos en el camino.

JUAN.- Opino que no debemos perder tiempo.

ISABEL.- Una ráfaga puede llevárselo de Madrid y...

ARTURO.- ¡Señoras! (Saludando.)

JUAN.- (Despidiéndose.) Vamos a hacernos retratar.

ARTURO.- Yo no me pongo allí de modelo.

ISABEL.- Si él no lo necesita. Retrata como otras tocan el piano; de memoria.

ARTURO.- Como si dijéramos, pinta... sin papel.

JUAN.- Eso es... dibuja... de oído. (Vanse los dos riendo.)

Escena V

ISABEL y MERCEDES.

MERCEDES.- ¿Con qué derecho posee usted ese retrato?

ISABEL.- Alguno debe asistirme cuando lo conservo en mi poder.

MERCEDES.- En efecto, mi pregunta es impertinente.

ISABEL.- ¡Cómo!

MERCEDES.- Una mujer que ha amado con toda su alma, usted me lo ha dicho antes, a un hombre que no es su marido, declara suficientemente su situación.

ISABEL.- ¿Qué?

MERCEDES.- El cuidado con que ha sustraído usted ese retrato a las miradas del conde, me dice más que todo lo que usted pudiera confesarme.

ISABEL.- (Aparte.) (¡Dios de bondad! ¡Me cree culpable también! ¡Qué importa... si no lo soy!)

MERCEDES.- ¿Calla usted?

ISABEL.- (Aparte.) (Si me descubro la humillo; pero callará y yo necesito saberlo todo. Que hable a cualquier precio.)

MERCEDES.- Justifíquese usted.

ISABEL.- No creo que sea usted, señora, la autorizada a reprocharme mi conducta.

MERCEDES.- Ni usted la que se permita negarme una explicación insultando... mi vergüenza.

ISABEL.- ¿Qué quiere usted decir?

MERCEDES.- Que he sido culpable, he tenido en mi abono la única justificación posible a semejante delito. Yo he amado a ese hombre.

ISABEL.- Y yo... ¡he adorado en él!

MERCEDES.- ¡Oh!... Lo delicado de nuestra situación no nos permite continuar esta entrevista. Es temible que lo que empezó por una amistad sincera concluya por un brusco rompimiento; pero es inevitable. Devuélvame usted esa carta... y no nos volvamos a ver.

ISABEL -¡La carta! ¿Y conoce usted las condiciones que yo impongo para despojarme de ella?

MERCEDES.- Si las hay supongo que estarán en armonía con la alcurnia de usted.

ISABEL.- Menos cortesía... ¿Sabe usted lo que son celos?

MERCEDES.- ¿Yo?... Sí, señora. El convencimiento de la inutilidad de un delito.

ISABEL.- Tal vez. -Pues bien, yo estoy celosa, y a este título vengo a pedirle a usted cuenta de su conducta.

MERCEDES.- Basta, condesa. Usted olvida que ciertas confesiones no pueden hacerse sin detrimento del rubor, y que culpables ambas, debemos conservar la dignidad del silencio ya que hemos perdido la santidad de nuestra misión de esposas.

ISABEL.- Hable usted, estamos solas; aquí nadie nos oye.

MERCEDES.- Nuestra conciencia.

ISABEL.- Será su castigo por no habernos remordido a tiempo.

MERCEDES.- Pero...

ISABEL.- (En un arranque.) ¿De qué modo concibe usted entonces el amor, si no experimenta usted la necesidad de seguir a sus celos paso a paso hasta descubrir su origen, atormentándose con el detalle de su desventura, inquiriendo—⁰ de dónde una mirada vino a desviar de los de usted la luz de sus ojos; cuando otra voz, resonando en sus oídos, pudo apagar el armonioso timbre de la de usted, vibrada por la pasión; cómo otros brazos han tenido fuerza para arrancar de su memoria la imagen de una mujer sin hacerle añicos el corazón al que ella había agarrado sus raíces? Usted no sabe amar.

MERCEDES.- ¿Que no sé amar porque callo; porque tributo el respeto debido al que me ha dado un nombre de... que yo me he hecho indigna? No, condesa; yo vivía resignada con mi desventura, y feliz acariciando en mi mente el recuerdo de Enrique; pero hoy se interpone usted en mi camino, y...

ISABEL.- ¿Y bien?

MERCEDES.- Y yo también estoy celosa. (La escena que hasta hace poco fue concentrada y comedida, toma una gran tensión desde este momento.)

ISABEL.- Déjeme usted a mí sola ese derecho.

MERCEDES.- ¿Por qué?

ISABEL.- Porque... (Arrepintiéndose de haber querido nombrarse.) No. Responda usted, cuándo, cómo, dónde conoció usted a Enrique.

MERCEDES.- ¿Y usted, condesa?

ISABEL.- No me amenace usted. ¿No le aterra esta mirada?

MERCEDES.- Me defiendo con la mía. (Se miran insultantes.) Acabemos. Mi carta.

ISABEL.- No se la entrego a usted mientras se obstine en guardar silencio.

MERCEDES.- ¿Con mi rival? Siempre.

ISABEL.- ¡Su rival!... Tiemble usted, infame.

MERCEDES.- Señora; yo no me humillo ante quien tiene la desgracia de ser... tan infame como yo.

ISABEL.- ¡Miserable! (Avanzando con los brazos levantados hacia MERCEDES, que permanece inmóvil, en cuya actitud las sorprende LUIS.)

Escena VI

Dichos y LUIS, trayendo un libro y una carta.

LUIS.- ¿Qué?

ISABEL.- (Disimulando la situación al ver a LUIS.) Y la actriz tenía que permanecer gran rato en esta actitud, porque los aplausos del público impedían la prosecución de la escena.

LUIS.- ¡Ah! ¿Hablaban ustedes de teatro?

ISABEL.- Sí; le explicaba a la señora Van-Veck la situación de un drama.

MERCEDES.- Muy interesante.

LUIS.- Creí que se trataba de un hecho real, porque lo representaba usted tan al vivo.

ISABEL.- Todos somos actores de la comedia humana.

LUIS.- (Entregándole una a MERCEDES.) Aquí tiene usted, señora, la carta prometida. Lo que encierra no lo sé; pero de todos modos transfiero la responsabilidad del depósito.

MERCEDES.- Agradezco a usted en nombre del pobre César la inviolabilidad del secreto. (Se la guarda.)

ISABEL.- (A MERCEDES.) Ruego a usted que no difiera el tomar conocimiento de lo que guarda ese papel.

MERCEDES.- Prefiero leer su contenido donde pueda tributar a mi hermano las lágrimas que me arranca siempre su recuerdo.

ISABEL.- Como usted guste.

Escena VII

Dichos y JUAN.

JUAN.- (Viendo a LUIS.) Decididamente, hoy pasamos el día haciendo lanzadera.

ISABEL.- ¡Ah! sí. Arturo y Villahermosa habían ido en busca de usted.

LUIS.- Ya dije que era inútil molestarse.

ISABEL.- ¿Y el conde?

JUAN.- Se ha detenido un momento; pero suplica a este caballero que se tome la molestia de aguardarle.

LUIS.- Corriente. Y para hacer menos enojosa la tercera visita con que hoy me permito distraer la atención de la condesa, dignense ustedes sazonarla con las censuras que les sugiera el conocimiento de este modesto producto de mis ocios. (Presentando el volumen a ISABEL.)

ISABEL.- ¡Ah! ¿El volumen ofrecido?

JUAN.- Las obras del señor.

LUIS.- Inéditas.

JUAN.- ¿Y cómo las titula usted?

LUIS.- «A cuatro vientos.»

ISABEL.- (A MERCEDES.) ¿Gusta usted que hojeemos estas páginas?

MERCEDES.- Tendré un placer en ello. (Aparte a ISABEL.) (Pero... ¿y mi carta?)

ISABEL.- (Aparte a MERCEDES.) (Silencio; aún no está saldada nuestra cuenta.) (Alto.) Acérquese usted, doctor, que de seguro vamos a tropezar con algún conocido. (Siéntanse ISABEL y MERCEDES junto a una mesa y pónense a repasar el libro, que estará elegantemente encuadernado. JUAN y LUIS se mantienen de pie detrás de ellas. La mesa se encontrará a un lado de la escena y en segundo término, teniendo delante

varios muebles, en uno de los cuales se apoyará LUIS. El grupo se colocará de manera que las figuras estén escorzadas y casi de espaldas al público para que éste pueda ver el contenido de las hojas llenas de bustos al lápiz con su texto al pie.)

LUIS.- Adviertan ustedes que este volumen sólo comprende el año sesenta y ocho.

ISABEL.- ¡Ah!

LUIS.- Produzco uno cada doce meses.

ISABEL.- ¡Qué fecundidad!

LUIS.- ¡Deplorable, condesa!

ISABEL.- ¡Una egipcia! (Viendo la primera página.)

LUIS.- Sí. Una almé, que a las doce de la noche, o sea al principiar el año, me pidió limosna en el puerto de Alejandría.

MERCEDES.- ¡Hermoso tipo!

JUAN.- ¡Preciosa mujer!

LUIS.- Dos años más tarde la vi en el Bosque de Bolonia paseándose en la carretela del príncipe Swaniskeff.

ISABEL.- ¡Ah! ¿Llegó a ser princesa?

LUIS.- Sí... Morganática.

TODOS.- ¿Cómo?

LUIS.- A los cinco meses bailaba en Londres en último término, en el teatro de Coven-Garden.

ISABEL.- (A LUIS.) ¿Sabe usted que sus obras... tienen un estilo francés muy acentuado?

LUIS.- Son en el fondo cosmopolitas; pero tranquilícese usted, señora, la parte literaria está escrita en español. (La condesa vuelve la hoja.) Ese es el camarero del vapor Moeris, la única persona con quien convení en mi travesía hasta Marsella.

JUAN.- ¿Y a éste no le ha vuelto usted a encontrar?

LUIS.- Precisamente en mi último viaje a París estaba de guarda-aguja en el ferrocarril entre Sévres y Versailles.

ISABEL.- Él no le recordaría a usted, por supuesto.

LUIS.- No me vio. Fui yo quien le apercibí al pasar en el tren como un relámpago.

JUAN.- Es fenomenal.

ISABEL.- Incomprensible.

JUAN.- Pero observen ustedes qué valentía en los toques, ¡qué seguridad y cuánta corrección en el dibujo!

MERCEDES.- Es una cosa acabada.

ISABEL.- Una obra maestra.

LUIS.- Cabecitas de primera intención.

JUAN.- Y apuesto a que el parecido es exacto.

ISABEL.- Ya tengo ganas de juzgarlo por un retrato conocido. ¿Dónde está el de la señora de Van-Veck?

LUIS.- En la página ciento cincuenta y seis. Treinta de Setiembre. Por cierto que estaba muy lejos de suponer que la señora, cuyo abanico recogía y cuya hermosura admiraba, fuese la hermana del hombre que, dos días antes, exhalaba en mis brazos el último suspiro. (La condesa sigue pasando hojas hasta dar con la página indicada.)

JUAN.- ¡Ahí está! (Viendo el retrato de MERCEDES.)

ISABEL.- Asombroso.

JUAN.- No cabe más.

MERCEDES.- Lisonjeramente modificado por el talento del artista.

LUIS.- Copia servil.

ISABEL.- Señor de Soto. Trabajos de esta naturaleza no se exhiben impunemente.

LUIS.- Diga usted.

ISABEL.- Exijo una copia de mi retrato, que a estas horas debe figurar ya en su cartera.

LUIS.- Efectivamente. Pero ya que usted me dispensa la honra de querer aceptar un *improntu* mío, me atreveré a ofrecerla a usted un recuerdo *ad hoc*. Recorran ustedes ese

libro y recompensen el placer que ello les procure sirviéndome de modelo para una composición de circunstancias.

MERCEDES.- ¡Feliz idea!

ISABEL.- Oportuna. ¿Necesita usted lápiz, papel?...

LUIS.- No hay que molestarse; mi taller viaja siempre conmigo (Saca de su cartera papel, lápices y goma y se separa de las señoras para tomar el punto de observación.)

JUAN.- Yo le limpiaré a usted los pinceles. (Afilándole los lápices.)

ISABEL.- ¿Qué colocación desea usted?

LUIS.- La que guardan ustedes; y no se violenten por mí; sigan honrando mi musa.

ISABEL.- (Volviendo la hoja.) ¡Qué cabeza tan ideal!

MERCEDES.- Rafaelesca. (Volviendo otra hoja.) ¿Y este escorzo? ¡Qué atrevido!

ISABEL.- Aquí se va de sorpresa en sorpresa. (Al volver otra hoja ISABEL y MERCEDES dan un grito de sorpresa reconociendo el retrato de Enrique y las dos quedan mirándose de hito en hito.)

LAS DOS.- ¡Ah!

LUIS.- ¿Qué? (Pausa.)

ISABEL.- ¡Cómo! ¿También ha conocido usted a este caballero?

LUIS.- ¿A quién? (Él y JUAN se acercan.)

ISABEL.- A... Don Enrique de Guzmán.

LUIS.- ¿Al Vizconde^o de San Luis? (Retirándose de nuevo a su sitio.) Ya lo creo. Como que yo le apadriné en el desafío en que recibió la soberbia estocada, de cuyas resultas murió a los dos días.

ISABEL.- ¿Qué! (Aterrada oprimiendo la mano de MERCEDES.)

MERCEDES.- (Aparte a ISABEL.) ¡Señora!

JUAN.- (Ídem.) ¡Condesa! Calma.)

LUIS.- ¿Le trataba usted?

ISABEL.- No... Le había encontrado en los salones.

LUIS.- Era muy simpático.

ISABEL.- (En pie y tratando de aparecer serena.) Pero... ¿El vizconde de San Luis, no murió de una caída de caballo?

LUIS.- No; ese fue el rumor que él me encargó de difundir, para que su familia, que estaba en España, no tuviera conocimiento de la verdad. Y como el duelo se verificó en la frontera, justamente es el incidente de Hendaya de que antes hablé; nos fue sencillísimo al médico que le asistía y a mí, sus únicos confidentes, sorprender la buena fe de la prensa con artículos redactados a medida de nuestros deseos. Si gustan ustedes sentarse, voy a empezar.

ISABEL.- (Aparte a JUAN.) ¡Juan!

JUAN.- (Aparte a ISABEL.) ¡Terrible revelación! Yo mismo estoy anonadado.)

ISABEL.- (Aparte a JUAN.) (Entretenga usted a ese hombre y... silencio.) (Se sienta.)

JUAN.- (Yendo al lado de LUIS.) Vengo a verle a usted trabajar.

ISABEL.- (Aparte a MERCEDES.) (¿Usted... lo sabía?

MERCEDES.- Sí.)

ISABEL.- (A LUIS.) ¿Y cuál fue la causa del duelo?

LUIS.- La ignoro; pero en tales casos, yo siempre pregunto como Quevedo: -«¿Quién es ella?» (Pónese a dibujar cuidando mucho de no humedecer nunca el lápiz con saliva. Este defecto peculiar de los profanos no es tolerable en quien tiene nociones de dibujo.)

ISABEL.- (Aparte a MERCEDES con una expresión aterradora.) (¿Usted... usted me lo ha matado! ¡Infame!

MERCEDES.- No me rete usted con el insulto de su envidia.

ISABEL.- ¿Cómo?

MERCEDES.- Me acusa usted de haber matado a ese hombre, porque asesina a usted la idea de que Enrique haya muerto por mí.)

ISABEL. (Para sí.) (¡La voy a aniquilar!)

LUIS.- Sonría usted un poco, condesa.

JUAN.- (Aparte.) (¡Infeliz!)

ISABEL.- (Aparte.) (No; aún no... Antes necesito saber...) (Aparte a MERCEDES.) (¿Y quién fue su matador?)

MERCEDES.- No conseguirá usted arrancarme una palabra.)

ISABEL.- (A LUIS.) ¿Recuerda usted quién fue el adversario del vizconde?...

LUIS.- No, señora; no me lo nombró. Reserva absoluta, ignorancia total fue la primera condición con que me pidió mi concurso.

ISABEL.- Pero... ¿debe usted conservar su retrato?

LUIS.- Tampoco. Yo solo apunto el de aquellos que me hablan una vez siquiera, y el tal sujeto entró en el palenque con una inclinación de cabeza y se retiró con otra; pero, dadas las prendas del vizconde, su rival olíame a marido ultrajado.

ISABEL.- (Aparte a MERCEDES.) (El de usted... sin duda. Sí, su marido de usted...)

MERCEDES.- No digo nada. (Con resolución.)

ISABEL.- ¡Sospecharía!... ¡A falta de pruebas buscaría un pretexto!... ¡y más hábil o más afortunado!... ¿Fue él? ¡Dígame usted a quién debo odiar!

LUIS.- (Aparte a JUAN siguiendo los movimientos de ISABEL.) (¡Está nerviosa!)

JUAN.- (Desde su sitio.) Procure usted, condesa... no violentar... su posición... Más naturalidad.

ISABEL.- Sí.

LUIS.- Y algo de picaresco en la sonrisa, mirando el retrato; como si contara usted a su amiga alguna aventura galante del vizconde.

ISABEL.- (Aparte a MERCEDES.) (Pero hable usted... ¿Cómo se llama su asesino?)

MERCEDES.- Basta con que me aborrezca usted a mí sola.

ISABEL.- No; al otro también.

MERCEDES.- Me da usted miedo... Entrégueme usted mi carta y... adiós.

ISABEL.- (Deteniéndola.) Nunca. Yo necesito ensañarme en su verdugo.

MERCEDES.- ¡Por Dios!

ISABEL.- ¡Su nombre... y... en seguida yo le revelaré a usted otro secreto. (Toda esta última parte de la escena hasta el fin debe ir con gran rapidez sin dejar pausas en el diálogo que, en ciertos momentos, llega a hacerse simultáneo.)

MERC.- ¿Cuál?)

LUIS.- (A JUAN.) ¡Qué tiene?

JUAN.- No haga usted caso. (Expiando⁰ a la condesa.)

ISABEL.- (Pronto.

MERCEDES.- Jamás.

ISABEL.- Lo exijo.

MERCEDES.- ¿Con qué derecho?

ISABEL.- (Conteniéndose.) Con el de mi amor.

MERCEDES.- (Celosa.) No le invoque usted.)

LUIS.- No sé cómo empezar. (Esforzándose por seguir los movimientos de las dos.)

ISABEL.- (¿Y por qué no?

MERCEDES.- Porque es a mí a quien Enrique consagró su último suspiro. -Acabemos. (Levantándose.)

ISABEL.- (Perdiendo la calma y dispuesta a nombrarse.) ¡Pues bien, mujer sin decoro!...

MERCEDES.- ¿Eh?) (Simultáneamente.)

JUAN.- ¡Condesa! (Corriendo a ella.)

LUIS.- ¡Imposible! (Dejando los lápices.)

TODOS.- ¡El Conde! (Viéndole aparecer.)

LUIS.- (Aparte.) (¡Mi acreedor! Ya era tiempo.)

Escena VIII

Dichos y ARTURO.

ISABEL.- (Disimulando la situación.) ¡Ah! Por fin quiso la suerte que consiguieran ustedes encontrarse. (Presentándole.) Don Luis del Soto...

ARTURO.- Siento haberme hecho esperar...

LUIS.- (Sin ver a ARTURO ocupado en recoger los lápices.) No importa... Con un deudor y un amigo... (Volviéndose y quedando absorto a la vista de ARTURO.) ¡Qué!... Pero, señora, ¿si este no es su marido de usted?

TODOS.- ¡Cómo!

LUIS.- Quiero decir que no es el conde de Almenar con quien tengo contraída una deuda de juego desde hace seis años.

ARTURO.- Ya presumo el error. El conde que usted busca era un pariente nuestro que murió por esa época...

ISABEL.- Y cuyo título hemos heredado.

LUIS.- Pues estoy lucido.

ARTURO.- Pero, herederos igualmente de sus simpatías, permítame usted, que en memoria suya le ofrezca su amistad Arturo de Vargas.

LUIS.- Le acepto con tanto más motivo, cuanto que aunque ignoraba su nombre de usted, ya tenía el honor de conocerle. Este caballero es precisamente el que le dio aquella magnífica estocada al vizconde de San Luis.

TODOS.- ¡¡Qué!! (ISABEL queda petrificada de espanto.)

ARTURO.- ¡Imprudente! (Queriendo arrojarse sobre LUIS.)

JUAN.- (Conteniéndole.) ¡Conde!

MERCEDES.- (Aparte.) (¡Ya lo sabe todo! ¡Es horrible! Yo no puedo más.) (Vase precipitadamente.)

LUIS.- (Aparte.) (Creo que he cometido un disparate. Sí. El Conde era el marido, la condesa, la mujer... y el vizconde... el tercer lado del triángulo. ¡Buena la hice!) (Gran pausa durante la cual ISABEL no cesa de contemplar de una manera incierta a ARTURO que, confundido, se ha dejado caer sobre una butaca. JUAN va a acercarse a la Condesa; pero esta, sin dejar de mirar a ARTURO le hace seña de que se aleje.)

JUAN.- (A LUIS.) ¡Caballero!...

LUIS.- (Aparte a JUAN.) (Comprendido, comprendido. Aquí estamos todos de más.) (Vanse.)

Escena IX

ISABEL y ARTURO.

ARTURO.- (Yendo hacia ella.) ¡Isabel!...

ISABEL.- (Retrocediendo.) No se acerque usted a mí.

ARTURO.- Pues bien; hablemos a distancia.

ISABEL.- Mejor es que no hablemos de ningún modo. Entre nosotros no puede existir ya nada de común.

ARTURO.- No obstante, oiga usted mi justificación. Será breve. La aparición de esa señora hoy en esta casa ha sido un triste presagio para mí. Dos veces he ido inútilmente en su busca para imponerle silencio revelándole su nombre de usted; pero la fatalidad se ha opuesto a mis designios dando lugar a que ella le descubra a usted un secreto que yo supuse inviolable. ¡Oh! Pero su suerte está en mis manos y sabré pagarla su servicio.

ISABEL.- Divaga usted, conde, y yo estoy muy impaciente porque usted se justifique para librarme de su presencia. Por lo tanto abreviemos. ¿Fue usted el matador de Enrique?

ARTURO.- Tuve... esa desgracia...

ISABEL.- (Reprimiéndose.) ¡Bueno!... ¿Al solicitar mi mano tres años más tarde, sabía usted quién era yo?

ARTURO.- Sí.

ISABEL.- Pues bien... márchese usted... Ya ha justificado usted suficientemente su infamia.

ARTURO.- ¡Condesa! Yo la amaba a usted apasionadamente sin conocerla. Cuando supe la verdad me horroricé de mi situación y quise retroceder; pero en vano sostuve una lucha titánica. La pasión concluyó por sobreponerse al deber.

ISABEL.- (Indignada.) Eso no, conde; el que usted me insulte no lo tolero.

ARTURO.- ¡Cómo!

ISABEL.- Si mi fortuna le sonrió, si mi título pudo llenar sus ambiciones bastardas, yo me doy por satisfecha con haber pagado a ese precio el beneficio de conocerle a usted hoy; pero que tome usted al amor por parapeto de su villanía... ¡Vamos! ¡No acabe usted de volverme loca!

ARTURO.- Le juro a usted...

ISABEL.- ¿Usted se ha parado a medir toda la inmensidad de su delito? ¿Sabe usted lo que es matar a un hombre por el despecho de ver su vanidad pisoteada y sorprender más tarde la inconsciencia de la esposa de su víctima para atarla con lazos indisolubles, exponerla a que enseñe a su hija a llamar padre al que la ha dejado huérfana, hacerla sembrar respeto en tierra dispuesta al aborrecimiento y obligarla en fin a compartir hogar, lecho y caricias con el asesino de su esposo?

ARTURO.- (Fuera de sí.) Eso no, condesa. Yo le maté en buena lid.

ISABEL.- Pero no por buena causa.

ARTURO.- ¡Isabel! (Cogiéndola por la mano.)

ISABEL.- (Desasiéndose.) No me toque usted. No venga usted a profanar con sus impuras manos lo que, si el robo y la sorpresa pudieron hacer suyo, mi indignación y mi decoro restituyen hoy a la memoria de un muerto.

ARTURO.- Tardía restitución.

ISABEL.- (En el colmo de la exaltación.) ¿Por qué? ¿Por qué ya no puede oírme? ¡Y qué importa si estoy unida a él por el espíritu; si mi corazón no ha cesado un momento de latir por él; si mi pensamiento, siempre suyo, ha hecho de los vínculos que a usted me ligan, cuerpo de su idea; si a todas horas perfumo con mis besos y riego con mis lágrimas la siempreviva de su recuerdo! (Besando con arrebató el medallón de la pulsera.)

ARTURO.- (Viendo el retrato y no pudiendo soportar su humillación.) ¡Señora! ¿Olvida usted que aún me llamo su marido?

ISABEL.- No; pero la mujer no tiene más que una venganza, y como yo soy honrada y no puedo envilecerme, castigo el concubinato de nuestro matrimonio con la legitimidad de nuestro adulterio. (Besando el retrato con insultante ademán.)

ARTURO.- ¡Haré añicos ese retrato! (Queriendo arrebatarlo.)

ISABEL.- (Evitándolo.) ¡Cómo! ¿Dos veces asesino?

ARTURO.- No repita usted esa palabra porque no respondo de mí. (Teniéndola asida por la mano.)

ISABEL.- ¿Qué haría usted?

ARTURO.- Matarla.

ISABEL.- ¡Sí? (Con alegría y retándole.) ¡Asesino!

ARTURO.- ¡Silencio! Desgraciada. (Derribándola en el suelo y poniéndola la mano en la boca.)

ISABEL.- (Luchando por separar la mano y poder gritar.) Lo repetiré... ¡Asesino!

ARTURO.- ¡Miserable! (Amenazándola en el colmo de la exaltación. En este instante aparece JUAN y abalanzándose al Conde le obliga a soltar su presa.)

Escena X

Dichos y JUAN.

JUAN.- ¡Conde! Eso jamás. (Pausa.)

ARTURO.- ¡Ah! (Todo lo que sigue en boca suya será dicho con la más profunda intención.) ¿Nos acechaba usted? ¿Y con qué derecho viene usted a interrumpirnos?

JUAN.- Con el de la indignación.

ARTURO.- (Con una sonrisa de desprecio dirigida a ISABEL y a JUAN.) Puede usted ya aducir... todos los que le asistan. (Vase.)

Escena XI

ISABEL y JUAN.

LOS DOS. (Atónitos de indignación.) ¿Qué? (Gran pausa.)

ISABEL.- (Para sí misma y sin mirar a JUAN.) ¿Qué ha dicho ese hombre? (Reflexionando.) Sí... (Con horror.) ¡Eso ha dicho! (Se ve cómo trata de desterrar una idea que la asalta.)

JUAN.- ¡Condesa!

ISABEL.- (Huyendo de él como temiendo su presencia.) ¡Ah! Márchese usted.

JUAN.- Pero...

ISABEL.- ¡Márchese usted! ¡Ponga usted una hora entre mi pensamiento y mi enojo!...

JUAN.- ¡Qué escucho! (ISABEL avanzando a distancia de JUAN le va obligando con el gesto a que retroceda hacia el fondo.)

ISABEL.- (Suplicante.) ¡Sea usted mi cómplice en... tener miedo de la venganza!

JUAN.- ¡Oh! Sí.

ISABEL.- ¡Ayúdeme usted a poder seguir diciendo a esa víbora que... me calumnia!

JUAN.- ¡Adiós! (Desaparece.)

Escena XII

ISABEL sola.

ISABEL⁰.- (Llega hasta el foro y se convence de que JUAN se ha ido.) ¡Ya se fue! (Reconquistando su calma con un esfuerzo lleno de satisfacción.) No una hora; un segundo, ¡el tiempo que de *no* le basta a la mujer honrada! Ahora ya me pertenezco. ¡Ya vuelvo a ser yo! (Se echa a correr al cuarto por donde salió su marido y abriendo de par en par las puertas exclama con voz estentórea.) ¡Asesino de mi Enrique!... ¡¡Mientes!!...

ACTO TERCERO

La misma decoración. Es de noche. Lámparas encendidas sobre la chimenea y las mesas. Las habitaciones contiguas estarán también alumbradas.

Escena I

ISABEL, sentada en un sofá ocultándose la cabeza con las manos. ARTURO, saliendo por una puerta lateral.

ARTURO.- ¡Condesa!

ISABEL.- ¡Cómo! ¿Usted a mi lado?

ARTURO.- No se alarme usted. Es la visita de un indiferente.

ISABEL.- A ese título, que acepte, la... educación me prescribe soportar la presencia de usted. Procure usted ser digno de mi indiferencia.

ARTURO.- Ni una palabra de cuanto ha pasado. Ya nos lo hemos dicho todo.

ISABEL.- Sí... todo.

ARTURO.- Vengo a darle a usted mi adiós.

ISABEL.- Es inútil.

ARTURO.- Solo aguardo la llegada de mi hijo, a quien he mandado recoger del colegio, para dejarla a usted en libertad y salir de Madrid con mi Arturo en quien se concentran hoy todas mis afecciones.

ISABEL.- Repito que es inútil.

ARTURO.- ¡Cómo!

ISABEL.- Soy yo quien abandona esta casa.

ARTURO.- ¿Usted?

ISABEL.- Desaparecida la causa que motivaba el alejamiento de mi hija, hoy mismo parto en su busca para consagrarme a su educación.

ARTURO.- Como usted guste; pero antes de separarnos, justo es que liquidemos una cuenta.

ISABEL.- Entiendo poco de administración.

ARTURO.- Propia tal vez; lo que no obsta para que vele usted con eficacia por los intereses de los extraños.

ISABEL.- No me explico.

ARTURO.- Yo la hacía a usted con el suficiente criterio para comprender que en los asuntos serios de la vida, la ingerencia de una farsa, siquiera obedezca al fin más laudable, es una cosa contraproducente. Tome usted esta... estratagema, y tenga usted la bondad de devolverme la carta que me ha sido sustraída por un alarde sin duda de habilidad. (Dejando sobre una mesa la carta que ISABEL le sustrajo en el acto primero, y que, habiendo él leído, presentará abierta.)

ISABEL.- Me obliga usted a que le recuerde el carácter de nuestra entrevista, que le priva a usted de todo derecho a intervenir en mis asuntos.

ARTURO.- Podría contestarla con sus mismas palabras; prefiero sin embargo, condesa, hablarla a usted con sinceridad. Poseo un temperamento impetuoso y una fuerza de voluntad inquebrantable: necesito esa carta y la tendré.

ISABEL.- ¿Y si no estuviera ya en poder mío?

ARTURO.- ¡Oh! Sí; lo está. Me interesa mucho su posesión para, al notar su falta, no haber meditado detenidamente sobre las circunstancias del hecho.

ISABEL.- ¿Cómo?

ARTURO.- Conmovida por las lágrimas de Mercedes ha accedido usted a arrebatarme ese arma, ignorando que con ella iba usted a inferirse a sí propia una herida; pero como las confidencias de esta índole no se hacen nunca por mitad; como el amor propio, cuando no los celos, provoca siempre esta clase de revelaciones y las susceptibilidades no se calman sino con pruebas; usted ha tenido necesariamente que leer la carta; y una vez leída, no ha podido usted devolverla.

ISABEL.- No me extraña que me crea usted incapaz de una acción meritoria.

ARTURO.- Mañana podría usted hacerlo; hoy aún es pronto. El primer movimiento del hombre al recibir una ofensa es vengarse.

ISABEL.- Tiene usted la costumbre de la premeditación.

ARTURO.- Y después de la última revelación que, merced a la feliz memoria de este fisonomista prodigioso, le ha sido a usted hecha, todo induce a creer que conservará usted ese instrumento de venganza para su rival. Pues bien, condesa, créame usted, en sus manos no tendrá valor alguno. Usted es mujer y compasiva y este sentimiento se sobrepondrá al enojo. Yo soy menos pusilánime y podré procurarle a usted una satisfacción que ambiciona; pero para la que se siente usted cobarde. Después de lo cual, si el señor Van-Veck me recompensa con una estocada el desengaño que le reservo, calcule usted los inmensos beneficios que puede reportarle la restitución de esa carta.

ISABEL.- Conde... deseo estar sola.

ARTURO.- Iba a dejarla a usted meditar sobre mi proposición.

ISABEL.- No quiero volver a verle a usted.

ARTURO.- Eso es más difícil resuelto como estoy a que no nos separemos antes de volverme a hacer con ese papel.

ISABEL.- ¡Es usted malo!

ARTURO.- Lo quiero de grado o por fuerza. (Vase mirando a la condesa con una insultante sonrisa.)

Escena II

ISABEL.

ISABEL⁰.- ¡Qué alma tan negra! ¡Qué criminal tan grosero bajo esa envoltura de persona decente! Semilla de presidio que no ha fructificado porque el viento la arrojó por casualidad en una tierra de cultura. ¿Y yo he podido?... ¡Qué horror! ¡Qué asco! Pero... ¿si se apoderase de esa carta? Capaz es de penetrar en mi cuarto y... robármela. Vale más que la tenga conmigo; así al menos podré defenderla. (Viendo a JUAN que aparece sin avanzar en el fondo.) ¡Ah! ¡El doctor!

Escena III

ISABEL y JUAN.

JUAN.- No; el amigo.

ISABEL.- Puede usted entrar; ya estoy serena.

JUAN.- (Entrando.) No sabe usted, señora, la violencia tan grande que he tenido que hacerme para decidirme a volver a su casa después de la escena de esta tarde.

ISABEL.- Lo comprendo.

JUAN.- Y a no ser por el respeto que usted me inspira, no me hubiera presentado aquí si no para pedir cuenta al conde de sus palabras. (Se sientan.)

ISABEL.- Es preferible que el mundo ignore su calumnia a que la comente.

JUAN.- Es verdad. (Pausa.) Y bien, condesa... yo he venido a darle a usted... mi último adiós.

ISABEL.- (Asombrada.) ¿Su adiós? No entiendo...

JUAN.- Salgo de Madrid esta misma noche.

ISABEL.- ¿Usted?

JUAN.- Sí; con una misión fuera de Europa, de que no me he atrevido a dar a usted noticia hasta hoy, lisonjeándome con la idea de evitarla de ese modo una contrariedad.

ISABEL.- (Llorando.) ¡Dios mío!

JUAN.- ¿Llora usted?

ISABEL.- Sí; porque soy muy desgraciada.

JUAN.- ¡Cómo!

ISABEL.- En la situación en que yo me hallo mi pensamiento no debe buscar disfraces. De todas las ofensas que estoy recibiendo, la que usted acaba de inferirme es la que más profundamente ha penetrado en mi alma.

JUAN.- ¿Yo he podido ofenderla a usted?

ISABEL.- Hace poco, loca, delirante, me oyó usted hablar de venganza y... ahora... ¡huye usted de mí porque teme que yo sea capaz de quererle convertir en instrumento de la mía!

JUAN.- ¡Condesa!

ISABEL.- Porque no me cree usted bastante fuerte para sobreponerme a un momento de enojo en que, precisamente para que la idea no baje al corazón a formar el sentimiento, es por lo que se la deja escapar en palabras por la boca.

JUAN.- Juro a usted que fío tanto en sus fuerzas como en las mías propias, pero si, aun persuadido del triunfo hubiera yo procedido así por esquivar la inoportunidad de una lucha, ¿es razón para que usted me acrimine?

ISABEL.- ¡Oh! No. Es verdad. Un hombre débil se hubiera dejado lisonjear por las circunstancias. Un hombre de honor las evita como se evita el insulto de un niño para no verse en el caso de castigarlo. Gracias en nombre de la amistad. Ahora le exijo a usted que se quede, soy yo quien parto esta noche en busca de mi hija.

JUAN.- ¿Usted?

ISABEL.- Sí. Necesito abandonar estos lugares testigos de horrores pasados y de infamias presentes. Ya lo ve usted; yo estoy como loca; no sé explicarme lo que me sucede. Amo un recuerdo y sorprendo en él una mancha. Tiendo mis brazos a una mujer y mi cariño desentierra una liviandad; lloro sobre un cadáver y brota de él la víctima de un crimen; creo luchar con un hombre y me encuentro entre las garras de una fiera.

JUAN.- ¡Por Dios!

ISABEL.- ¡Si viera usted lo que bulle aquí en mi cerebro! Sobre todo hay una idea a la que no puedo avenirme y es la impunidad en que va a quedarse ese monstruo. ¡Las leyes no son previsoras! ¡Dios no es justo!

JUAN.- Ya se verá algún rato a solas con su conciencia.

ISABEL.- Sí... ¡ni siquiera tiene eso! Piense usted en toda la enormidad de su delito y dígame usted con qué se le castiga. La separación no hace sino procurarle una independencia sin responsabilidad; el código no le alcanza; yo soy mujer, y por razón de mi naturaleza no puedo matarle, a pesar de que a estas horas ya no existiría si asesinara el pensamiento; y la única venganza, que por derecho propio podría la esposa ejercer sobre su marido, se desvanece ante la idea de que, para que ella conquistara el majestuoso carácter de juez, tendría que mancharse con el repugnante papel de delincuente.

JUAN.- Dice usted bien.

ISABEL.- Y sin embargo... esa debería ser la penalidad: ojo por ojo, diente por diente.

JUAN.- La ley no puede ir tan lejos.

ISABEL.- Pero para la razón humana no hay abismos. Dígame usted. ¿Cuándo un hombre va en su embriaguez a atropellar el derecho del prójimo con un delito de amor, se ha parado a reflexionar que, mientras verdugo en la ajena, puede estar siendo víctima en su casa?

JUAN.- Tal vez.

ISABEL.- Pues si lo piensa ¿por qué no retrocede?

JUAN.- Condesa... Ese es un problema insoluble.

ISABEL.- No, doctor; es insoluble porque el hombre ignora que los hijos son los artículos con que se castigan los crímenes de adulterio en el código de la duda.

JUAN.- (Levantándose.) El dolor la presta a usted una elocuencia aterradora. Permítame usted que la restituya a la calma, retirándome y evitando de ese modo que se complazca usted en hacer sangrar su herida.

ISABEL.- Vamos a separarnos por mucho tiempo: déjeme usted estrechar la mano de un hombre de honor. Adiós. (Dándose la mano.)

JUAN.- Si alguna vez necesita usted un hermano acuérdese usted de su amigo. (Vase.)

Escena IV

ISABEL.

ISABEL⁰.- ¡Así se conduce un hombre de bien! ¿Por qué no han de hacer todos lo mismo siguiendo la inflexibilidad de la línea recta? ¡Qué contraste con ese... cínico aventurero! ¡Ah! La carta. ¿Si cayera en sus manos?... ¡Qué egoísta es el dolor propio! Hace olvidar el sufrimiento ajeno. (Vase.)

Escena V

LUIS y el CRIADO.

CRIADO.- (Después de introducirle y apercibiéndose de que no está la condesa.) Tenga usted la bondad de esperar un momento mientras aviso a la señora condesa.

LUIS.- Dígala usted que no se moleste por mí. Es un asunto de cinco minutos.

CRIADO.- ¿A quién debo anunciar?

LUIS.- ¡Cómo! ¿Es la cuarta visita que hago hoy a esta casa y aún no sabe usted cómo me llamo?

CRIADO.- El señorito no se ha nombrado nunca.

LUIS.- Luis del Soto.

CRIADO.- Por lo demás, aun cuando ignoraba su nombre, no es la primera vez que he tenido el honor de dirigirle la palabra.

LUIS.- ¿A mí? (Aterrado de asombro y mirándole de hito en hito.)

CRIADO.- ¿No me reconoce usted?

LUIS.- (Aparte y sin dejar de observarle con creciente interés.) ¡Demonio! ¡Al maestro cuchillada!

CRIADO.- Yo soy muy buen fisonomista. Usted estaba en...

LUIS.- (Interrumpiéndole.) Silencio, desgraciado; no me diga usted en donde. No me haga usted una revelación que me humillaría. Déjeme usted provocar un llamamiento a mi memoria. (Después de mirarlo detenidamente.) Pues señor; esto es fenomenal... ¡No le recuerdo!

CRIADO.- ¡Ah! La señora condesa. (Vase el CRIADO al ver venir a ISABEL. LUIS le sigue mirando hasta perderle de vista y en toda la escena subsiguiente se le ve inquieto, preocupado y distraído de la conversación.)

Escena VI

ISABEL y LUIS.

LUIS.- Yo no sé, señora, si me asiste el derecho de venir a disculparme.

ISABEL.- ¡Usted! ¿De qué? (A un signo de la condesa, LUIS se sienta en una de las dos sillas prolongadas que están delante de la chimenea ocupando la que da frente al público y dejando a ISABEL la del lado opuesto y por consiguiente de espaldas al espectador.)

LUIS.- ¡Tan amable como prudente! De la indiscreción que, inconscientemente eso sí; pero indiscreción al fin he debido cometer antes. (Se queda pensativo.)

ISABEL.- No se preocupe usted.

LUIS.- Cómo que no me preocupe, si por más que hago no puedo recordar donde le he visto.

ISABEL.- ¿A quién?

Luis.- ¡Ay! Usted dispense, condesa, estoy divagando. Quiero decir que el mismo doctor, a pesar de la reserva en que se ha encerrado, no ha podido por menos de confesarme que he sido inoportuno.

ISABEL.- Un pequeño incidente de familia sobre el que no vale la pena de insistir.

LUIS.- Al mismo tiempo venía a despedirme y a recoger, si ya no lo necesita usted, el volumen de mis obras.

ISABEL.- Le agradezco a usted tanta amabilidad.

LUIS.- (Aparte.) (¿En qué tomo podrá estar el retrato de ese individuo?)

ISABEL.- Aquí está. (Tomando el volumen de encima de la chimenea y entregándoselo.)

LUIS.- (Prosiguiendo en su idea.) ¡Oh! (No señora, debe ser mucho más posterior.)

ISABEL.- ¡Cómo!

LUIS.- No haga usted caso; son distracciones en que incurro los días de frío intenso. (Aparte.) (No; no le conocí en Rusia. Yo necesito volverle a examinar.)

ISABEL.- Y esta chimenea no arde hoy.

LUIS.- A penas. Y usted está aterida. (Abalanzándose a oprimir el botón de la campanilla eléctrica que se halla junto a la chimenea.) Me tomo la libertad de llamar para que traigan unos troncos. (Aparece el CRIADO.)

ISABEL.- Ahí debe haber en la leñera. Arregle usted este fuego. (El CRIADO pone unos troncos en la chimenea. LUIS le observa con afán.)

LUIS.- (Aparte.) (¡Yo voy a volverme loco! Y no debo hacerle preguntas capciosas; sería indigno de mí. Es preciso que adivine de golpe.) (Vase el CRIADO.)

ISABEL.- ¿Y no puede usted aguardarse a la representación del jueves?

LUIS.- Imposible, señora. ¡Ah! Se me olvidaba lo más importante: herederos del título del conde, natural es que lo sean ustedes de sus créditos; en su consecuencia va usted a tener la amabilidad de dejarme saldar mi deuda.

ISABEL.- Yo le suplico a usted que me revele de esa formalidad, entregando esa suma a los pobres en memoria del finado.

LUIS.- Los deseos de usted son órdenes para mí. (Aparte.) (¿Si será aquel peluquero que me afeitó en Stocolmo?)

ISABEL.- Decididamente está usted inquieto.

LUIS.- Es que... tengo una sed abrasadora, y si usted me lo permite, condesa, voy a pedir un vaso de agua... (Llamando de nuevo.)

ISABEL.- Tomará usted refresco.

LUIS.- No; gracias. (El CRIADO aparece, recibe la orden y se va.)

ISABEL.- Un vaso de agua para este caballero.

LUIS.- No puede usted imaginarse lo nervioso que me pongo en momentos dados.

ISABEL.- Pues para un viajero como usted depender del estado de la atmósfera...

LUIS.- ¡Qué quiere usted! Tengo condiciones barométricas. (El CRIADO le presenta el vaso de agua.)

ISABEL.- ¿Sí?

LUIS.- Excelente agua. ¿Es de la fuente de las Arenitas del Escorial? (Mirando al CRIADO.)

ISABEL.- No... ¿Encuentra usted que se lo parece?

LUIS.- Muchísimo (Viendo irse al CRIADO.) (Se le parece como dos gotas de agua; pero no es él.)

ISABEL.- ¡Cómo él!

LUIS.- Señora; yo me encuentro en la situación más comprometida en que se ha visto criatura humana.

ISABEL.- ¿Qué?

LUIS.- Yo estoy deshonrado.

ISABEL.- Explíquese usted.

LUIS.- Figúrese usted, condesa, que ese criado, a quien he hecho comparecer con pretextos fútiles, asegura haberme visto y hablado en otra ocasión.

ISABEL.- ¿Y qué mal hay en ello?

LUIS.- Infinito. Porque, por más que vuelvo y revuelvo en mi memoria desde hace un rato los doce volúmenes de mis viajes, yo no puedo dar con la fisonomía de ese fámulo.

ISABEL.- ¡Es posible! ¿Ha encontrado usted su maestro? Pero hay un modo sencillo de salir de dudas preguntádoselo a él mismo.

LUIS.- Eso sería una humillación, un oprobio para mí. Lo que voy a hacer es pasar a ofrecer al conde mis respetos⁰ y obligar al criado a sufrir otras dos o tres revistas de inspección como las que acabo de pasarle aquí.

ISABEL.- Voy a llamar para que le acompañe a usted él mismo.

LUIS.- (Llamando él mismo.) Efectivamente. Es una ocasión más.

Escena VII

Dichos y el CRIADO.

ISABEL.- ¿El conde está en casa?

CRIADO.- Sí señora.

ISABEL.- Conduzca usted a sus habitaciones a este caballero.

LUIS.- Condesa: le quedo a usted altamente reconocido a sus bondades, y espero que pronto alguna ráfaga propicia me conceda la dicha de volverme a poner a sus pies.

ISABEL.- Rehabilitado de esta su única derrota.

LUIS.- ¡Qué vergüenza! (Dando un grito al reconocer al CRIADO.) ¡Ah!

ISABEL.- ¿Qué?

LUIS.- (Al CRIADO.) ¿El día veintidós de Febrero del año mil ochocientos sesenta y cinco estaba usted en Pau de camarero en el hotel Gassion?

CRIADO.- Sí, señor.

LUIS.- ¡Uf! (Respirando.) Pero... es claro, hace usted trampas: ¿entonces no estaba usted picado de viruelas?

CRIADO: No, señor.

ISABEL⁰.- ¡Jesús!

LUIS.- ¡Ya decía yo! Me venía jugando con cartas señaladas. Le dejé hecho un hombre y me lo encuentro convertido en una mazorca. Condesa, adiós. (Vase por una de las puertas laterales conducido por el CRIADO.)

Escena VIII

ISABEL y MERCEDES.

ISABEL.- (Cambiando en gesto de asombro al ver a MERCEDES la sonrisa que el incidente de LUIS le ha arrancado.) ¡Cómo! ¿Usted todavía?

MERCEDES.- Yo; sí señora.

ISABEL.- ¿Y qué viene usted a hacer en mi casa?

MERCEDES.- Vengo en demanda de lo que sabe usted que tanto me interesa.

ISABEL.- Yo creí que después de lo ocurrido no volvería usted a insistir.

MERCEDES.- Si me aferré en mi silencio comprenderá usted que lo hice en beneficio suyo. Ahora que todo lo sabe usted vengo a pedirla por última vez que me devuelva esa carta.

ISABEL.- El paso que da usted es atrevido y expuesto.

MERCEDES.- ¿Por qué?

ISABEL.- Porque... debería usted evitarme la satisfacción de confundirla.

MERCEDES.- Acabemos. ¡Mi carta!

ISABEL.- (Sacándola del bolsillo.) Voy a dársela a usted; pero antes prepárese usted a recibir todo el peso de mi indignación. Tiemble usted ante la idea de que voy a satisfacer la única venganza que me es posible tomar.

MERCEDES.- Un momento. ¿Usted me ha mirado bien antes de proferir esa amenaza?

ISABEL.- ¿Por qué dice usted eso?

MERCEDES.- ¿No ha observado usted que en mi semblante luce una siniestra alegría?

ISABEL.- En efecto.

MERCEDES.- Pues bien... Entrégume usted lo que es mío y suprima usted un enojo que puede valerle una humillación.

ISABEL.- ¿A mí?

MERCEDES.- A usted. Y recapacite que no he de pararme a suplicar cuando puedo exigir.

ISABEL.- (Mirándola llena de enojo, pero sin comprenderla.) Pues... ahora no le doy a usted esta carta.

MERCEDES.- Yo sabré arrancársela a usted.

ISABEL.- ¿De qué modo?

MERCEDES.- Por última vez.

ISABEL.- No.

MERCEDES.- ¡Ah! ¿Quiere usted tener en la mano la venganza de su rival?

ISABEL.- La prohíbo a usted que pronuncie esa palabra.

MERCEDES.- ¿Cómo llamarla a usted entonces?

ISABEL.- Su juez.

MERCEDES.- ¡Mi juez! Condesa: viene usted a retarme esgrimiendo un arma contra mi honor; yo también quiero blandir la mía. ¡Defendámonos! (Sacando del bolsillo la carta que le dio LUIS en el bolsillo en el acto segundo.)

ISABEL.- ¿Qué es eso?

MERCEDES.- Una carta que, al confiarla a un amigo hermano moribundo, estaba muy lejos de sospechar que encerrase el precio de la tranquilidad de toda mi vida.

ISABEL.- Hable usted. (Impaciente.)

MERCEDES.- ¡Soberbia hasta el fin! Pues bien, usted lo quiere, sea. ¿Conoce usted esta firma? (Enseñándosela en su mano.)

ISABEL.- (Leyendo.) ¡Laura!

MERCEDES.- Sí... usted, Laura.

ISABEL.- (Aparte.) (Es verdad... Sigue ignorando quién soy yo. ¡Dios mío! ¿Qué es esto?)

MERCEDES.- Sí. Usted que se complace en señalarme a cada momento el abismo en que me ha arrojado mi desgraciada pasión. Usted, que al verme humillada por el remordimiento, se delita en provocar mi vergüenza invocando el derecho de un amor que es una blasfemia en sus labios: usted, hoy condesa de Almenar, escribía a César, mi hermano, esta carta, modelo de delicadeza y estimulante de compasión si después no lo hubiera usted convertido con su conducta en padrón de ignominia, cuando se llamaba usted modestamente la esposa de Arturo Vargas.

ISABEL.- (Con gesto agresivo al oír aquellos insultos que, aunque no la alcanzan, parten de su rival y van dirigidos a ella por el error de la situación.) ¿Quiere usted acabar?

MERCEDES.- Sí; pero ha de ser haciéndola a usted escuchar la lectura de esta carta.

ISABEL.- Lea usted...

MERCEDES.- ¡Qué cinismo! (Se pone a leer la carta dirigiéndola de cunado en cuando miradas de reconvención. ISABEL escucha con la ansiedad que es consiguiente, dejando ver en el gesto las impresiones que recibe y la idea que germina en su cerebro.) -«Al partir a la guerra me pide usted el favor de una entrevista para darme su último adiós,

decidido a hacerse matar en la pelea. Yo se la niego a usted y le suplico que viva, si puede. Cuando hace dos años me arrancó mi familia de los brazos de usted para obligarme a ser la esposa de Arturo de Vargas, comprendí que debía ahogar hasta el recuerdo de usted, y elegí como arma blanca para darle muerte el respeto que me exigía el nombre de mi marido.»- (Recitando.) ¿Va usted recordando, señora?

ISABEL.- Siga usted.

MERCEDES.- (Leyendo.) -«Viva usted para su madre; para mí ya ha muerto. Esta carta fía en la discreción de un cadáver.»- (Recitando.) Ahora, oiga usted con atención.

ISABEL.- (Aparte.) (Tengo miedo.)

MERCEDES.- (Leyendo.) -«Adiós. No he podido, no he tenido fuerzas para inmolar mi pasión a mis deberes de hija; pero cumpliré con mi sagrada misión de esposa. ¿Quiere usted saber cuánto sufro? Imagínese usted mi conciencia castigada a presenciar constantemente cómo mi esposo colma de frenéticas caricias a un inocente ángel... a quien... cree su hijo.»

ISABEL.- (Aterrada y a la par satisfecha de su venganza.) ¡Justicia divina!

MERCEDES.- Y bien... ¿Ahora?... (Insultante.)

ISABEL.- ¡Carta por carta! (Cambiándolas.)

MERCEDES.- ¡Ah! Respiro. Estamos en paz.

ISABEL.- Aún no.

MERCEDES.- ¿Qué falta?

ISABEL.- Hacerle a usted bajar la frente.

MERCEDES.- ¿Cómo?

ISABEL.- Con una palabra. Laura ya no existe.

MERCEDES.- ¿Qué?

ISABEL.- ¡Enrique de Guzmán era mi esposo!

MERCEDES.- (Cayendo de rodillas consternada.) ¡Qué vergüenza!

ISABEL.- Levántese usted; ya está usted suficientemente castigada.

MERCEDES.- No me atrevo a alzar los ojos en su presencia.

ISABEL.- (Levantándola.) Yo la redimo a usted en memoria de aquel que ya no existe.

MERCEDES.- ¡Oh!

ISABEL.- Usted es desgraciada; pero no despreciable. Ahora... al otro.

MERCEDES.- ¿Qué? (Temiendo adivinar su idea.)

ISABEL.- A hacerle apurar este cáliz de amargura. (Por la carta.)

MERCEDES.- ¡Cómo! ¿Pensaría usted?... Imposible.

ISABEL.- ¿Imposible? Mata a un hombre, envilece a una mujer, premedita un robo de amor por violencia, ¿y no había de hacer uso de este arma que la Providencia misma parece ponerme en las manos para su castigo?

MERCEDES.- Usted no siente lo que dice.

ISABEL.- ¡Oh! Sí; tengo hecho añicos el corazón.

MERCEDES.- Es indigna de usted esa venganza.

ISABEL.- Pero no de un monstruo semejante.

MERCEDES.- Vende usted el secreto de una muerta.

ISABEL.- No; levanto sobre una tumba el cadalso de un vivo.

MERCEDES.- ¡Condesa!

ISABEL.- Basta.

MERCEDES.- Por piedad.

ISABEL.- Es inútil.

MERCEDES.- (Ofreciéndola su carta.) Pues bien... Déme usted esa carta en cambio de la mía.

ISABEL.- ¿Qué? (Asombrada del sacrificio.)

MERCEDES.- Prefiero mi deshonra a que haga usted traición a los que ya no pueden defenderse. ¿Qué pensaría usted del que escudado en el silencio de la muerte, profanara la memoria de... su Enrique?

ISABEL.- (Vencida.) ¡Ah! Tiene usted razón; estoy loca.

MERCEDES.- Cuánta más grande ha sido la ofensa más meritorio es el perdón.

ISABEL.- Sí. Me ha vencido usted. Tanta nobleza de alma la hace digna del mío.

MERCEDES.- ¿De veras?

ISABEL.- Mereció usted ser amada. Reconquistó usted mi... cariño.

MERCEDES.- ¡Ah! (Abrázanse. En este momento aparece ARTURO y se queda acechando.)

ISABEL.- Acabemos.

MERCEDES.- Sí. ¿Esa carta?...

ISABEL.- No tema usted.

MERCEDES.- Hay que destruirla.

ISABEL.- Voy a arrojarla al fuego.

MERCEDES.- ¡Oh! Gracias.

ISABEL.- Ahora... que Dios se encargue de los demás.

Escena IX

Dichos y ARTURO que al ver el movimiento de ISABEL se precipita sobre ella y le arrebató la carta.

ARTURO.- ¡Venga lo que me pertenece!

LAS DOS.- ¡Ah!

ISABEL.- No leas eso.

ARTURO.- ¿Por qué?

MERCEDES.- Deténgase usted.

ARTURO.- Es en vano.

ISABEL.- Por favor.

MERCEDES.- ¡Qué horrible!

ARTURO.- Atrás.

ISABEL.- Impídalo usted. (A MERCEDES.)

MERCEDES.- No hay fuerzas...

ARTURO.- Basta. (Desasiéndose.)

LAS DOS.- ¡Oh! (Consternadas. Todas estas frases han sido dichas casi simultáneamente. ISABEL y MERCEDES sostienen una lucha formidable con ARTURO; pero éste, siempre defendiendo la carta, consigue desasirse de ellas y corriendo a la chimenea arrastra un mueble tras sí para formarse con él un parapeto detrás del cual lee la carta con la exaltación consiguiente.)

ISABEL.- ¡Ya es inútil!

MERCEDES.- ¡No puede darse nada más espantoso!

ISABEL.- ¡Todo está perdido!

ARTURO.- ¡¡A!!!... (Da un grito horroroso; la carta se le cae de las manos y él se desploma como muerto sobre un mueble. ISABEL y MERCEDES abrazadas en el centro de la escena lo contemplan aterradas. Gran pausa.)

VOZ DE NIÑO.- (Dentro con alegría.) ¡Papá! ¡Papá!

TODOS.- ¡Oh! (ARTURO al oír la voz del niño, levanta la cabeza y con el puño crispado dirige una mirada amenazadora.)

MERCEDES.- ¡Que no entre en este momento! (Vase corriendo a impedirlo.)

Escena X

ISABEL y ARTURO.

ISABEL.- (Aparte.) (Este género de muerte no le conocí yo.) (Alto.) Ahora yo parto en busca de... la hija de mi esposo: a usted el cielo le condena a quedarse con... su hijo.

ARTURO.- ¡Eso... nunca! (Rugiendo de coraje.)

ISABEL.- ¡Nunca! ¡Entonces yo seré su madre! (Vase.)

FIN